

# La Ilustración Artística



AÑO XXXIII

BARCELONA 13 DE JULIO DE 1914

NÚM. 1.698



El archiduque Carlos Francisco José, heredero de la corona de Austria Hungría,  
su esposa Zita de Borbón Parma y sus hijos

(De fotografía del consejero imperial Armando Clement Kosel, remitida por Carlos Trampus.)



**Texto.** - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *Titella*, por la condesa del Castellá. - Ginebra. *Centenario del ingreso del santón ginebrino en la Confederación Helvética*. - La Poesía, el Arte, la Astronomía. - La familia de Calís. - Melilla. *Visita del Excmo. Sr. conde de Romanones*. - La victoria (novela ilustrada; conclusión). - París. *Manifestación feminista*. - Viena. *Después de la tragedia de Serajvo*. - El circuito de Lyon. - Libros. - Actualidades barcelonesas.

**Grabados.** - El archiduque Carlos Francisco José, su esposa Zita de Borbón y sus hijos. - Dibujo de Carlos Vázquez, que ilustra el cuento *Titella*. - Busto en mármol, modelado por Armando Hahn. - La última cuartilla, dibujo de Vicente Carreres. - La Poesía, pintura de Tom Gentleman. - El Arte, pintura de la señorita Elena Johnston. - La Astronomía, pintura de la señorita Alma Assafrey. - La familia de Calís, cuadro de Daniel Chodowiecki. - Monumento a don Ramón Santamarina y esculturas que forman parte del mismo, obra de Miguel Blay. - Notas de Ginebra, Melilla, París, Viena, Lyon y Barcelona.

## DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

¿Hay que decir cuál ha sido el tema dominante en las últimas semanas? El crimen de la calle de San Ramón ha monopolizado las conversaciones y los periódicos, y aun nos monopoliza en este instante. Y no será que esta vez el hecho ofrezca ningún resabio de romanticismo, ningún rasgo novelesco de aquellos que subyugan y fascinan la imaginación popular. Por el contrario, con dificultad encontraríamos en los anales de la delincuencia un caso más escuetamente brutal e inestético. El objeto del crimen, las personas pacientes, la ejecución, los pormenores, el mismo local de la escena, todo parece que no había de despertar más que repugnancia.

Sin embargo, no ha sido así. Desde el primer instante un profundo, inequívoco movimiento de curiosidad se produjo en torno del suceso, y esa curiosidad continúa todavía. La prensa, signo, mejor que acicate, de tal interés ha debido consagrar columnas y más columnas, páginas enteras alguna vez, a satisfacerlo. ¿Qué es lo que puede explicarlo? En primer término, a mi juicio, la exacerbación, la comezón morbosa que todo delito de sangre, aun el más horrible y feo, despierta en un grupo humano a despecho del barniz de la cultura. Y, en segundo lugar, la intervención principal, o exclusiva acaso, de una mujer en el hecho de que tratamos ahora.

\* \*

Digamos algo de este último aspecto, que es el circunstancial, y dejemos para después las reflexiones que el otro, el permanente, nos sugiere también.

- La conciencia humana asocia por abstracción a la idea de mujer, la idea de debilidad y la idea de dulzura. Física y espiritualmente la mujer es débil y benévola. Y todas las virtudes y sentimientos humanos que se rozan con esas ideas: clemencia, mansedumbre, compasión, todas son de espíritu y de nombre femeninos. Pero, de vez en cuando, la excepción se propone vengarse o desquitarse de la regla general y entonces aparecen esos monstruos que se llaman, como ahora, la Nieves o «la Blanca», capaces de asesinar a dos infelices ancianos, uno después del otro, de acribillarlos a cuchilladas y de pasar toda una noche, a oscuras, con los sangrientos despojos de su hazaña.

Y, como en esto hay una interrupción de la normalidad, una violación de las leyes que condicionan lo femenino, el asombro de las gentes está en relación con lo estupendo e insólito de esta fiereza, la cual, en semejantes casos sobrepuja la fiereza del hombre. De aquí el interés extraordinario con que se ha seguido el descubrimiento de un delito, por otra parte tan vulgar y nauseabundo, y el empeño con que se ha tratado de buscar cómplices o coautores a la protagonista, como si repugnara al criterio general la idea de que una mujer sola fuese capaz de acometer una empresa semejante.

Así es, en efecto. Repugna a nuestro instinto admitir esa posibilidad. Pero reflexionando un poco y trayendo a colación los testimonios experimentales, no tardamos en convencernos de que la poca frecuencia de estos casos viene compensada históricamente por su gran violencia y por una ferocidad a veces inconcebible. A esa concepción corresponden las personificaciones simbólicas y mitológicas de la antigüedad: gorgonas, arpías, euménides, de la misma suerte que la acreditan en la historia las *tricotouses* de Marat, las furias de la Revolución francesa y de

toda suerte de movimientos populares desenfrenados, en los cuales el *record* de la dureza de corazón y la embriaguez homicida suele corresponder, por monstruoso contrasentido, a las hijas de Eva.

\* \*

Hasta aquí lo que atañe a la participación de la mujer, de una mujer en dicho delito, el primero de resonancia que, después del asesinato de Jalón, en Madrid, ha venido a satisfacer las siempre despertadas curiosidades de la «hemofilia» o amor a lo cruento. Esta hemofilia constituye uno de los caracteres de nuestra época y cuenta con una serie de órganos y manifestaciones constantes: en el teatro, con el melodrama patibulario y la zarzuela de navaja; en la novela, con los géneros de folletín, el «detectivismo», y los asuntos de bandidos y apaches; en el cinematógrafo, sobre todo, con la película terrorista, de robo, secuestro y asesinato; en la prensa diaria, con la relación minuciosa, voluptuosa de las cosas espeluznantes o lúgubre-obscenas, y en los periódicos llamados criminalistas con el dibujo carnícoro y traumático...

No hay, en efecto, prestigio comparable al de la sangre. No hay fascinación parecida a la fascinación que ejerce la sangre. En la sangre se oculta el misterio vital: es el símbolo y el agente de la existencia. Quebrar el frágil vaso corpóreo y verter ese licor, preciosa y eterna savia circulante de la humanidad, es la más atrevida de las profanaciones, el más audaz de los sacrilegios. «Todos los perfumes de la Arabia - dice Mácbeeth, después de haber asesinado al rey - no bastarían para borrar de mis manos ese olor de sangre.» El inmenso trágico inglés ha sabido dar expresión definitiva a las reconvenciones de la conciencia salpicada de sangre. «¡Has matado tu suegro!», le dice al homicida, descubriéndole la desolación de un lecho cubierto de escorpiones por toda la eternidad. Y desde aquel momento un testigo espectral se introduce en su alma para no abandonarla nunca. La visión de aquella mancha roja, de la púrpura derramada acompañará para siempre al nieto de Caín. «¡Cuánta sangre!, repite. ¡No creía que un viejo tuviera tanta sangre!»

\* \*

He aquí el horror trágico: la purificación saludable y estética de los afectos. La muerte, la sangre, el homicidio han constituido siempre un elemento artístico principal en las más elevadas formas de la poesía; pero no como materia de contemplación en sí misma, sino por ser el remate de toda violencia y por representar el último término y explosión de las pasiones. El drama y la epopeya se desarrollan históricamente, tradicionalmente, al rededor del homicidio en sus manifestaciones, así individuales como colectivas. Y el choque personal y la guerra constituyen la base dramática y la base épica de todas las literaturas.

Pero ese ascendente no basta a purificar ni justificar la moderna «hemofilia», ya que su jurisdicción e imperio comienzan allí donde acaban los del arte verdadero y noble. Precisamente ese poder de emoción de la sangre y de la muerte reside en un carácter de excepción, de negación, de perturbación suprema de las leyes de la vida; y su eficacia estética no podemos decir que nazca de ellas mismas sino de las causas o conflictos espirituales que las prepararon como una ruptura entre la eternidad y el tiempo, entre lo absoluto y lo transitorio. La herida en el pecho de un mártir o de un patriota puede ser comparada por los poetas a una rosa fragante. La misma herida procediendo de una causa vulgar no es más que un desgarro de tejidos con hemorragia.

Por esto mismo va gran distancia del horror dramático al horror físico. El primero transfigura, magnifica las miserias de la carne; el segundo mueve a piedad tanto como a repugnancia. La cabeza del leproso, en el cuadro de Murillo, sirve para avalorar las manos de azucena de la reina de Hungría, que la limpian y asean. Sin ese propósito, fuertemente emotivo, la cabeza del pordiosero no podría figurar más que en un atlas de enfermedades de la piel. El dolor, la muerte y la efusión de sangre se dividen entre dos zonas radicalmente distintas, pero que la «hemofilia» o apetito de lo cruel confunde a todas horas: la zona del arte y la zona de la simple patología.

Cuando el arte no respeta esta divisoria y pierde la delicadeza de este sentido que se la hace perceptible; cuando pasa más allá de sus fronteras e invade la zona reservada a las *fobias* y neurastenias; cuando toma aquellos elementos como materia directa y los erige en fin, y cuando hay una sociedad que lo acepta y estimula, entonces no cabe dudar

ya que esa sociedad atraviesa un período de decadencia.

La invasión del campo patológico, la crueldad fría y refinada, los alardes de dureza de espíritu combinados con la extravagancia elegante, suelen presentarse en esas épocas o períodos. Ocupan el hueco que dejaron los ideales, ausentes o agotados, de la época anterior; el eco que no han podido colmar todavía los que se incuban. Sustituyen lo patético por lo horripilante, el dolor dramático por el dolor quirúrgico, la emoción por la crispación.

\* \*

Y eso es lo que se pone de manifiesto así en la preferencia misteriosa de nuestra generación por el cinematógrafo, apoteosis de toda acción violenta o traumática, como en la curiosidad, en la voracidad que despierta cada crimen nuevo y de proporciones. ¿Cómo conciliar estos apetitos con la tan cacareada dulcificación y sensibilidad de nuestra época? Ese maridaje de la molición con las truculencias literarias, del refinamiento con el ansia de lo atroz; esos «jardines de los suplicios» o esas Salomés con que gusta de embriagarse cierta *élite*, cierta parte de la selección moderna, no tiene más que un nombre: sadismo, confusión cerebral de lujuria y crueldad, voz remota y levadura atávica de las viejas edades mejor que exquisitez de las nuevas.

El hombre civilizado no devora ya a su enemigo como hacen todavía los salvajes; no asiste a los juegos del circo para presenciar la carnicería de las fieras devorando a los cristianos. Pero, en el fondo, la perversidad continúa siendo una musa selecta y la sangre un néctar embriagador. Aun aquellos que más lejos discurren como hombres de semejante perturbación moral, no logran escaparse a ella como escritores y se manifiestan influidos por ese ambiente en su estilo, en sus asuntos, en su sistema de metáforas. Una herida, como he dicho, podía antes ser comparada a una flor. En la terminología poética de nuestro tiempo la norma se ha invertido: las flores son llagas sangrientas, la boca de la mujer amada se entreabre como una herida o una roja cicatriz, el rubí es una lágrima de sangre. Un sin fin de tropos nuevos nos hablan de esa sangre como de un filtro erótico, el único capaz de reanimar las energías agotadas de un mundo decrepito y sin frescura...

\* \*

Por donde un crimen tan vulgar, tan prosaico, tan nauseabundo como el de la calle de San Ramón y una delincuente de las condiciones de «la Blanca» o Nieves la peinadora, ha hecho que nos remontáramos, sin sentir ni querer, a estas reflexiones de psicología colectiva y trascendental. Volvamos a la realidad concreta y digamos que todo el interés y toda la repulsión contra su autora que este crimen ha motivado, no obsta a que se la juzgue más tarde, en el Jurado, como si se tratara de un golpe o de una lesión sin importancia.

En España se diría que los caudillos de la revolución tienen la creencia firme de no gobernar nunca; y como están seguros de no gobernar nunca y de no hallarse, por lo tanto, con las supremas dificultades de la indisciplina y la total destrucción de la ley, han infiltrado en las masas la idea de que no hay acciones punibles ni bien ni mal ni justicia y que de todo tienen la culpa la sociedad y la autoridad.

No extrañaría, por lo tanto, que a título de ciencia modernista y más o menos psiquiátrica toda esa irritación popular contra la Nieves, que estuvo a punto de acabar en linchamiento, se resolviera a la postre en un movimiento sentimentalista o sectario por otro estilo, convirtiendo la escena de salchichera de la calle de San Ramón en «delito pasional» o «delito político». No sería éste el primer caso de semejantes involuciones, en nuestro tiempo de sensibilidad exquisita, sobre todo cuando se trata de presuntos culpables. No hay, actualmente, título mejor a la piedad y a la ayuda de todo el mundo. De las víctimas nadie se acuerda nunca. De los inocentes tampoco. Para que alguien se interese por uno en nuestra época es preciso, o cuando menos muy útil, no carecer de antecedentes penales.

MIGUEL S. OLIVER.

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

TITELLA. POR LA CONDESA DEL CASTELLÁ. dibujo de Carlos Vázquez



La marquesa de Lirio se acercó al lecho para despedirse

Cuando Foquitas entró aquella noche en el *hall* de la marquesa de Lirio, quedó estupefacto. No había tertulia.

Del santuario, que Costa llamó «Oasis de la Neurastenia», habían desaparecido las elegancias, y los caballetes, cartapacios y pinturas lo convertían en revuelto taller de escenógrafo.

Con blusa de taller, la marquesa apareció sonriente, seguida de los niños.

- Foquitas, más vale tarde que nunca.

Y esbelta, monísima, despeinada la rubia cabeza versallesca, con lazo de terciopelo negro, fué Isabel enseñando a «Mr. de Phocas», conocido por Foquitas - bajo, narigudo, listísimo crítico de un periódico de arte - lo que hicieron durante su ausencia.

El decorado se terminaba, las mutaciones terroríficas, el dragón de fuego, el esqueleto danzador, las redomas luminosas, serían un éxito; el hada vestida de plata - con peluquita de Durand - era un sueño, como las tres apoteosis. No quería ella adhesionarse en su teatro y lo del Titella la tenía un poco nerviosa; no fuese a comprometerlos estando ya lanzadas las invitaciones para la inauguración del Edén de Zebé...

La de Lirio hablaba con una volubilidad y vehemencia meridional que la hacían hechicera; zarrandeaba de un lado para otro a Foquitas y preguntábale sin cesar su opinión...

Sería un acontecimiento el fantástico espectáculo, con decorado de un gran escenógrafo, los diez cuadros escritos por tertulianos poetas, los bailarines de un maestro y unos marionetas hechos en Lyon, traídos a maravilla, proporcionados a la escena de sus cabriolas y aventuras extraordinarias.

Mientras los artistas de casa de Lirio daban la última mano a los preparativos, Foquitas fué el encargado de «formar compañía».

Días antes del jueves de que hablamos, estuvieron rodando por cafés y sociedades Foquitas, el cartelista Xinar y el propio marqués de Lirio, para dar al fin en la «Taberna del Caballo Blanco», donde años antes había resucitado la afición al teatro de polichinelas. Xinar, que había sido de sus asiduos, los condujo a la *brasserie* de estilo gótico - trasunto de algún legendario bodegón alemán - y se sorprendió no poco de su soledad tristísima...

Donde los hombres del modernismo romántico sucedieron en controversia sus melencoliosos teatros intelectuales, estaba sólo un *Gambirinus* jocundo, de vientre opiparo, sin bocks de Frünchen bajo su pedestal.

Donde volaron paradojas, metáforas, embustes y calembures, unas mesas vacías y un silencio solemne hacían más melancólico el polvoroso vitral de las apoteosis crepusculares, que un día nimbó de raro y oro los rostros intensos, como viñetas para una historia de resurgimiento artístico y folclorismo

reaccionario... A su sombra había reaflorecido la ingenua tradición de trufaldines y marionetas, que habían de dar celebridad al *cenáculo* de los melenudos y que ahora se ofrecían al marqués y a sus amigos totalmente desierto.

¿Y «Titella»?..

Había emigrado a un sórdido cafetín de tablado flamenco que le acogía como a «príncipe de la farsa» con inusitados honores, mientras en la taberna gótica quedaban dos pobres diablos para terminar su contrato.

Allí se encaminaron el de Lirio, Xinar y Foquitas; Titella los recibió como si fuera un «Talma».

Ramón Vidal (a) «Titella», era un hombre joven, muy alto, de recia musculatura, con una cabeza rubia y un rostro blanco, perfectos. Vestía traje de pana y gorra, pañuelo de seda al cuello y capa madrileña. Hablaba en monosílabos y siempre cubierto, pero ante el habano del marqués dejó una cumbre de vanidad profesional - muy humana - para revelarles su preclaro linaje de histriones, muñequeros y la importancia de sus ascendientes, que hicieron famoso y genérico en Cataluña el nombre de «Titella».

Pero la tradición se perdía... La pantomima, los autómatas y el maldito Cine iban dando al traste con todo. ¿Qué quedaba de aquella fácil y aventurera vida trashumante, cuando los Titellas andaban por las ferias y plazas de los pueblos y el teatrito de tablas y el pregón pintoresco atraían una concurrencia candorosa y entusiasta, que llenaba las bandejas mohosas de monedas de cobre y en cierta ocasión vio recoger la pelucona de oro de una aristócrata de cinco años?..

- Ahora está la gente por sus conveniencias, seguía Vidal, y gracias al oficio, que lo que es la profesión deja pocas ganancias.

Asentían el prócer y Foquitas, presintiendo la finalidad interesada de aquellos conceptos y ya en el terreno de expansión confidencial, habló el Ramón, sin aspavientos, de su salud, experiencia y habilidades.

Su mano magnífica y exangüe - huérfana de estigmas del trabajo manual - se alzaba profética. Allí estaba el secreto de su arte: la tensión del índice y el dedo de corazón sosteniendo las cabezas de palo; las flexiones del anular para moverlas; la mímica oportuna del pulgar y el meñique dentro de los bráquios, y un brazo firme y ágil para el volandero ir y venir con el marioneta por el escenario. Era difícil, sin parecerlo, y Vidal prefería, como su abuelo, los muñecos grandes y cabezudos y algo pesados...

El marqués y Foquitas se miraron con cómica consternación, que no pasó desapercibida para «Titella».

- El muñeco grande, repuso, responde mejor al parlamento; su peso da fuerza a la mímica y a los encontronazos, palizas y caídas aparatosas, que con la algarabía son el principal elemento de una buena representación guñolesca. Cuando yo estaba bueno...

Una fiera melancolía obscureció los grandes ojos garzos y apretó el enérgico entrecejo de Vidal, que a la muda interrogación de sus interlocutores respondió sacando del bolsillo una especie de silbato de oro.

La lengüeta que (en plata) usan para hablar los histriones muñequeros y que causa estragos en la faringe y cuerdas vocales, produciendo a veces terrible enfermedad traqueal.

Suerte que él poseía la lengüeta de oro, herencia paterna, que guardaba su preciosa salud más tiempo..., pero los médicos aconsejábanle reposo absoluto o el trabajar sin lengüeta en cansadísimo falsete.

Aquí Foquitas intervino para asegurar al Ramón que el precio que pagaría el marqués compensaría su esfuerzo, pero cuál fué su asombro con «Titella», embozándose en la capa con una arrogancia donjuanesca, se despidió diciendo:

- ¿El precio?.. Eso... será... lo de menos. Iré a ver los muñecos... Quiero que sepa la aristocracia cómo trabaja Ramón.

- ¡No sirven!

Ese fué el único elogio y comentario que merecieron del maestro los preciosos marionetas lioneses, vestidos de poco falso y lentejuelas, con tocados caprichosos, y poco faltó para que la marquesa de Lirio perdiese su señorial aplomo ante tamaña insolencia.

¡Qué tesón el de aquel hombre plebeyo, que entraba en su palacio con el desembarazo y la dignidad del protagonista que al final de la farsa se convierte de lugareño en un alto y poderoso señor!..

Los marionetas no servían. Sus cabezas y tuniquecillos diminutas no tenían cabida para la mano y brazo de un hombre...

— Yo mandaré otros muñecos, había dicho «Titella».

¡Era demasiado! Y la de Lirio, tascando soberbia su decepción, temerosa de malograr su empeño, le detuvo en la puerta preguntando persuasiva:

— ¿Y... vendrá usted a ensayar?

Pero la respuesta había sido contundente:

— ¿Ensayar?... Eso sí que no. No puedo... Y además (altanero), no se necesita.

La marquesa creyó desmayarse. Vió marchar al hombre, sereno y gallardo; presintió confusamente que era un domador de voluntades, y un deseo pueril de castigarlo, de humillar, llenó su garganta de sollozos y la hizo morder de rabia su pañuelo, hasta romperlo.

Llamados por teléfono acudieron el marqués, Xinar y Foquitas, hallando a Isabel llorosa y descompuesta.

«Todo sería un fiasco; quedaban en un ridículo que haría reír a la genté y eso por un bárbaro que no atendía razones.»

Xinar y Foquitas hubieron de calmarla; el marqués trepidaba impaciente; resolvieron llevarse la obra y... rogar a «Titella» que estudiase los jocosos pareados del diálogo y el lindo romance de los protagonistas; y por la noche volvieron con un recado que devolvió el buen humor a la noble dama.

Ramón Vidal y compinches aprenderían la obra de memoria; renovarían sus marionetas y el hada sería como la marquesa dispusiese; así la de Lirio había hecho del hada un portento muñequil.

\* \*

El 28 de diciembre un éxito enorme colmó las esperanzas de los más exigentes. En la gran escalera lució el precioso cartel de Xinar; la casa deslumbrante y el entusiasmo de los pequeñuelos, hicieron del espectáculo una cosa memorable.

La marquesa se consoló del tamaño de los muñecos impuestos, de sus trajes de pana y cretona; la aparición del hada y las escenas truculentas del antro levantaron tempestades de aplausos, sobre todo entre los pequeñitos.

Vidal estuvo estupendo. Los artistas-autores le abrazaron; el marqués le llenó de agasajos, de carunchos y champagne.

Al desaparecer los últimos invitados, la marquesa de Lirio había vuelto al *hall*, y radiante, elegantísima, se dirigió a Ramón Vidal.

— Ha estado usted sorprendente. ¡Qué recursos los suyos! Hemos de repetirlo.

Y como Titella se sonreía, inclinándose con muy buena gracia, dijo Isabel:

— Yo adoro los polichinelas; de pequeñita iba a verlos en compañía de mi abuelo; recuerdo una vez que me dió una onza de oro para echar en la bandeja.

— ¿No se la dió usted a mi padre, señora marquesa?..

Todos los rodearon curiosos; del grupo de los jueves llovieron preguntas, exclamaciones y comentarios, y cuando el «Titella» se despedía, la mar-

quesa de Lirio le alargó su mano de reina para decir:

— ¡Hasta Pascua! Repetiremos la fiesta en memoria de la onza.

Y el maestro de histriones muñequiles, con emoción en su rostro de estatua, había depuesto su orgulloso empaque:



Busto en mármol, modelado por Armando Hahn

— No tiene más que mandarme; cuando quiera te, roto, como un grito de marioneta...

\* \*

¡«Titella» se moría!

Había llegado la primavera; los días azules y largos en un fondo de mar deslumbrante; verdeaban con retoños los árboles; en algún jardín ciudadano cantaba el ruiseñor, y Ramón Vidal, muriendo a chorros — de aquel zarpazo invisible que destrozaba su garganta —, vió desmantelada su vivienda por varios meses de enfermedad que consumía hasta los últimos recursos.

Pero la mañana en que apareció Foquitas para llamarle de nuevo al palacio de Lirio, su estoica entereza quebróse con la angustia de un dolor suptremo.

Desencajado, jadeante el respiro, afónico, con un hilo de voz rota y silbada, apretó los puños fieramente:

— ¿Trabajar? ¡Dios de Dios! ¿Trabajar é?? Si estaba ya listo, descontado, medio muerto, y la miseria de los suyos su única preocupación... ¡Ah!, pero... dígan a la marquesa que le doy gracias... por acordarse de mí.

Compadecido Foquitas, salió de prisa a llevar la triste nueva a la de Lirio, y al día siguiente, un enorme paquete con ropas, medicamentos, delicadas viandas, vinos añejos, gráficos y flores frescas iban a colmar de júbilo al pobre enfermo, que llorando adivinó su procedencia.

Así fueron sus últimos días de extraño alivio en el mal implacable que le minaba, con horas llenas de consuelo y bendición.

\* \*

La noche de Pascua, al toque de oraciones, el eco argentino de la campanilla voló por las callejas medioevales que rodean la catedral; se asomaron las gentes para alumbrar un viático que en blasonado carruaje, seguido de numeroso cortejo con hachas, se estacionó delante del antiguo «taller de ebanista» de los Vidales.

Una brisa fresca de noche luminosa traía de una feria cercana balidos de recental...

Moribundo, en un lecho limpiísimo, incorporado en las almohadas y sostenido por los suyos, Ramón Vidal aguardaba al Señor de los reyes, que venía a visitar al histrión muñequil, al hijo de maestro de trufaldines, al pobre payaso, que de la vida no supo más que el dolor de hacer reír... como un «Titella»...

Dejando el acompañamiento en el taller, penetraron en el aposento Foquitas y la encantadora marquesa de Lirio.

No debía olvidar la gentil Isabel la singular emoción de aquella hora solemne y sus circunstancias...

Vidal contestando penosamente a las preces; aquellos *Amenes* suyos, aspirados, roncocos, y aquella invocación gutural del santísimo nombre de «Jesús»...

«¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!», silbado, estridente, roto, como un grito de marioneta...

\* \*

Oíanse unos sollozos contenidos...

Sonó al fin la campanilla..., luego rodó el coche..., todos se alejaron; trascendía a cera...

Ramón Vidal, con los párpados caídos, rezaba. Su rostro marfileño, buido e inmóvil, tenía entreabiertos los labios cárdenos..., y un gran silencio augusto empezó a reinar en la estancia.

La marquesa de Lirio se acercó al lecho para despedirse...

Palidísima bajo el velo sencillito, con la boca trémula, tendió su mano a Ramón...

«Titella» abrió los ojos; toda la vida se reconcentró en su mirada.

Con un adiós postrero y tomando la mano de Isabel, intentó besarla; luego depositó en ella algo que, vacilante, sacó de su pecho...

Era la *homicida* lengüeta de oro de tres generaciones de «Titellas» famosos...

BARCELONA. SALÓN PARÉS



LA ÚLTIMA CUARTILLA, dibujo de Vicente Carreres

¡La última cuartilla! ¡Cuántas y cuán elocuentes cosas se encierran en estas tres palabras! La última cuartilla señala para el escritor el término de un período de esfuerzos y el comienzo de otro período de ilusiones, de afanes, de decepciones quizás.

Durante meses, acaso durante años, estuvo pensando su obra, buscando elementos para ella, clasificándolos, estudiándolos; trazado el plan, fué trasladando al papel las ideas acumuladas en su cerebro, unas veces rápida, fácilmente, como si aquéllas espontáneamente acudieran por sí mismas a su pluma; otras con desesperante lentitud, como si la palabra rebelde se resistiese a traducir con fidelidad el concepto.

Y escribió un día y otro día, corrigiendo hoy tal vez lo que escribiera ayer, destruyendo a veces en un minuto la obra de varios días, por parecerle imperfecto lo que había escrito, y al fin, después de tantos afanes, tuvo el gozo inmenso de escribir la última cuartilla, y satisfecho de su obra, se le ensanchó el alma.

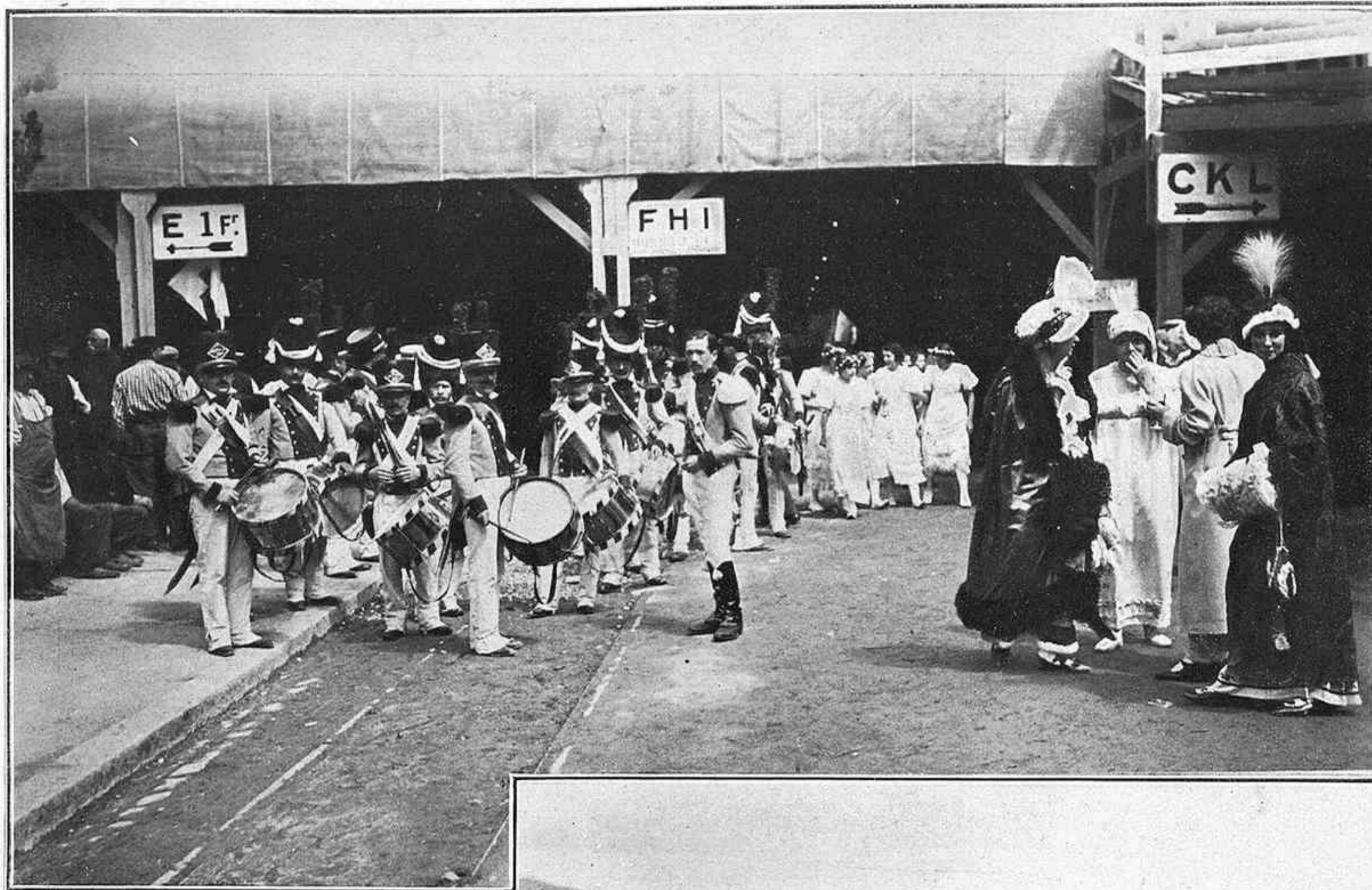
Después ofreció las primicias de la lectura del futuro libro a unos amigos con el pretexto de conocer su opinión, pero en realidad, tal vez, para escuchar los primeros elogios y saborear en

la intimidad una anticipación del triunfo soñado, del aplauso y de las alabanzas de la crítica.

Luego, lo desconocido; la victoria o el fracaso; el entusiasmo o la indiferencia; el libro que se vende en no interrumpida serie de ediciones o el volumen que, después de haberse ostentado orgullosamente en los aparadores, es arrinconado en el almacén en donde se amontonan en vultos en polvo y condenados al eterno olvido, tantos otros hermanos de infortunio que, condenados por infausta suerte, vieron agostada su vida en flor y tronchadas, apenas nacidas, sus más caras ilusiones.

Todo esto nos dice el hermoso dibujo de Carreres que reproducimos en esta página. El artista nos presenta al escritor leyendo a dos amigos su obra y en el momento en que da lectura a la última cuartilla; y hay tanta verdad, tan intensa expresión en la escena por el dibujante trazada, que nos parece asistir personalmente a ella, escuchar las palabras que, emocionado, recita el lector y adivinar tras aquella frente surcada por arrugas el vigor del talento que ha concebido y las luchas que aquel hombre ha debido sostener y los esfuerzos que ha tenido que realizar antes de llenar la última cuartilla.

## GINEBRA. - CENTENARIO DEL INGRESO DEL CANTÓN GINEBRINO EN LA CONFEDERACIÓN HELVÉTICA. (Fotografías de Branger.)



Granaderos y elegantes durante un entreacto de la «Fiesta de Junio»

La ciudad de Ginebra ha celebrado con grandes festejos el centenario del ingreso del cantón de su nombre en la Confederación Helvética, emancipándose de la dominación napoleónica.

Ha habido grandes ceremonias religiosas en todas las iglesias católicas y protestantes, banquetes de barrio al aire libre en los que se han reunido fraternalmente los habitantes sin distinción de partidos políticos ni de confesiones, y en algunos de los cuales han tomado parte los miembros del Consejo Federal que fueron expresamente a Ginebra, con el presidente de la Confederación, para asistir a las fiestas; el festival de la juventud, en el que 1.200 alumnos de las escuelas ejecutaron ante 12.000 camaradas suyos una gran cantata referente al ingreso de Ginebra en la Confederación, con danzas y cantos, original de Julio Cognard y Eugenio Ragaud, autores de la letra y de la música respectivamente.

Pero de todos los espectáculos que se han efectuado, el más grandioso e interesante ha sido la representación de la llamada *Fiesta de Junio*, obra histórica en cuatro actos, escrita por Daniel Baud-Bovy y Alberto Malsch con bellísimas ilustraciones musicales de Ja-



Granaderos y musas esperando la llegada de los barcos de los confederados



Grupo de generales y elegantes aclamando la llegada de los barcos de los confederados

cobo Dalcroze. Para poner en escena esta obra, se construyó en la orilla del lago Lemán, y en parte sobre agua, un inmenso teatro, de más de 28 metros de altura y capaz para 6.000 espectadores, según los planos de los arquitectos Maillard y Hensler.

El primer acto de *La Fiesta de Junio* es de una originalidad y una belleza sorprendentes. En la torre más alta de la catedral de San Pedro, el vigía, durante la noche, acecha los movimientos de las tropas y en medio de la soledad y del silencio que le rodean, evoca los principales acontecimientos de la historia de Ginebra: los helvecios, los burgundios, la época de los duques de Saboya, la de Juan Jacobo Rousseau y la de la Revolución. Y mientras aparecen grupos inmóviles realizando aquellas visiones del pasado, una cohorte numerosísima de dazarianas comenta en movimientos rítmicos y al son de una deliciosa música los hechos representados.

Sabido es que Dalcroze es el inventor de la gimnasia rítmica por la cual enseña a expresar por medio del gesto los ritmos y los acentos de la música. La aplicación de esa gimnasia a la *Fiesta de Junio* es extraordinariamente bella e interesante.

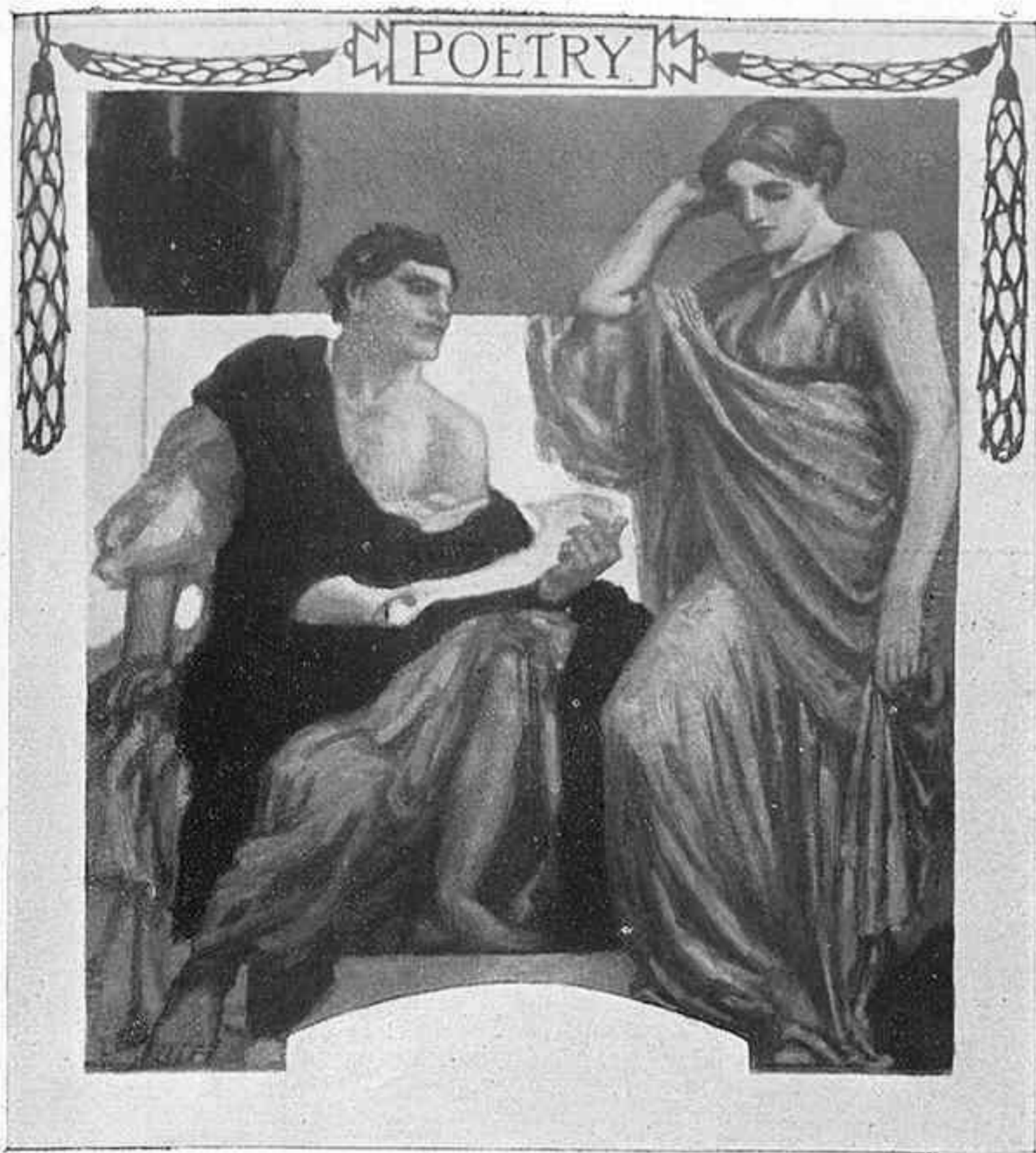
Los tres siguientes actos reproducen los episodios de las históricas jornadas de 1914: la lectura, en la plaza pública, de la proclama en que el gobierno declara su independencia; la distribución de banderas a las tro-

pas ginebrinas para recibir a los confederados, y finalmente la llegada en la barca clásica, cantada por Rousseau y Voltaire, de los confederados, que desembarcan entre las entusiastas aclamaciones de la multitud.

Con esta acción principal se mezclan multitud de pintorescas y encantadoras escenas populares, tales como las charlas de las mujeres en la fuente, los juegos de los niños, las danzas y otros curiosos episodios dispuestos con una gracia y una precisión irreprochables.

Toman parte en la ejecución de esta obra, que se está representando todavía, mil doscientos actores, hombres, mujeres y niños que evolucionan con admirable disciplina; y en uno de los cuadros las tropas que por la escena desfilan son tan numerosas, que parecen formar un ejército. *La Fiesta de Junio* ha sido puesta en escena bajo la dirección del Sr. Gemier director del Teatro Antoine, de París.

Esta obra honra a Jacobo Dalcroze lo mismo que a Baud-Bovy y Malsch, puesto que sin ninguna concesión a las exigencias del vulgo, es en todas sus partes inteligible para todo el mundo, está en estrecha comunicación con la vida y suscita emociones sencillas pero intensas y generales que hacen vibrar el corazón de todo un pueblo a impulsos de los sentimientos más nobles y levantados.



La Poesía, pintura de Tom Gentleman

LA POESÍA, EL ARTE, LA ASTRONOMÍA

Desde hace algún tiempo, obsérvase una gran actividad artística en la ciudad de Glasgow, a la que ha contribuido poderosamente en parte el intercambio de enseñanzas entre la Escuela de Bellas Artes y la Universidad, y de otra el apoyo que a todas las manifestaciones de arte presta el cabildo municipal de aquella capital escocesa.

Gracias a esto, los alumnos de la mencionada escuela tienen abundantes ocasiones de demostrar sus conocimientos y sus adelantos y al mismo tiempo de ver estimulados sus esfuerzos y recompensados sus merecimientos.

Recientemente tres de esos alumnos han pintado para una biblioteca pública de Glasgow tres entapaneos decorativos que adjuntos reproducimos y que ofrecen el doble interés de ser obras de principiantes y de estar ejecutados dos de ellos por señoritas.

Las tres pinturas son realmente notables y demuestran que sus autoras no solamente conocen a fondo la técnica pictórica, sino que, además, han sabido sentir los temas desarrollados y encontrar para cada uno de ellos la forma adecuada para expresar lo que aquéllos significan, cualidad esta última que por lo general no se adquiere más que a fuerza de estudio, de experiencia y de práctica, máxime tratándose de representar conceptos abstractos como son el Arte, la Poesía y la Astronomía.

Tom Gentleman, Elena Johnston y Alma Assafrey han sabido inspirarse en los grandes maestros de la escuela inglesa y han tenido el talento de expresar sus concepciones dentro de una simplicidad que responde perfectamente a los cánones decorativos modernos, huyendo de efectismos y de extravagancias a que tan aficionados se muestran por desgracia muchos de los que a este género de pintura se dedican.



El Arte, pintura de la señorita Elena Johnston



La Astronomía, pintura de la señorita Alma Assafrey

LA FAMILIA DE CALÁS, CUADRO DE DANIEL CHODOWIECKI

En Darmstadt celébrase actualmente una Exposición de Arte Alemán retrospectivo en la que se han reunido las principales obras de los más notables artistas alemanes que florecieron entre los años 1650 y 1800.

Entre los cuadros expuestos figura el de Chodowiecki que adjunto reproducimos y que representa una escena de la vida íntima de familia del infortunado Calás, condenado a muerte y ejecutado en Tolosa en 1762, por sentencia del Parlamento de Tolosa, y cuya memoria fué rehabilitada tres años después por un tribunal extraordinario.

Daniel Nicolás Chodowiecki nació en Dantzig el 16 de octubre de 1726 y falleció en Berlín el 7 de febrero de 1801. Desde muy joven quedóse sin padre y para subvenir a las necesidades de su madre dedicóse a la miniatura, cuyos elementos le había aquél enseñado. En 1743 trasladóse a Berlín para dedicarse al comercio, cuyo oficio no le impidió seguir cultivando el arte, al que consagraba todo el tiempo que sus ocupaciones de escritorio le dejaban libre.

Un pequeño grabado, *El juego de dados*, que ejecutó en aquel entonces, llamó de tal suerte la atención de la Academia de Berlín, que ésta le dió el encargo de grabar todas las láminas del almanaque que en aquella época publicaba anualmente. Además grabó varios asuntos referentes a la guerra de los Siete Años.

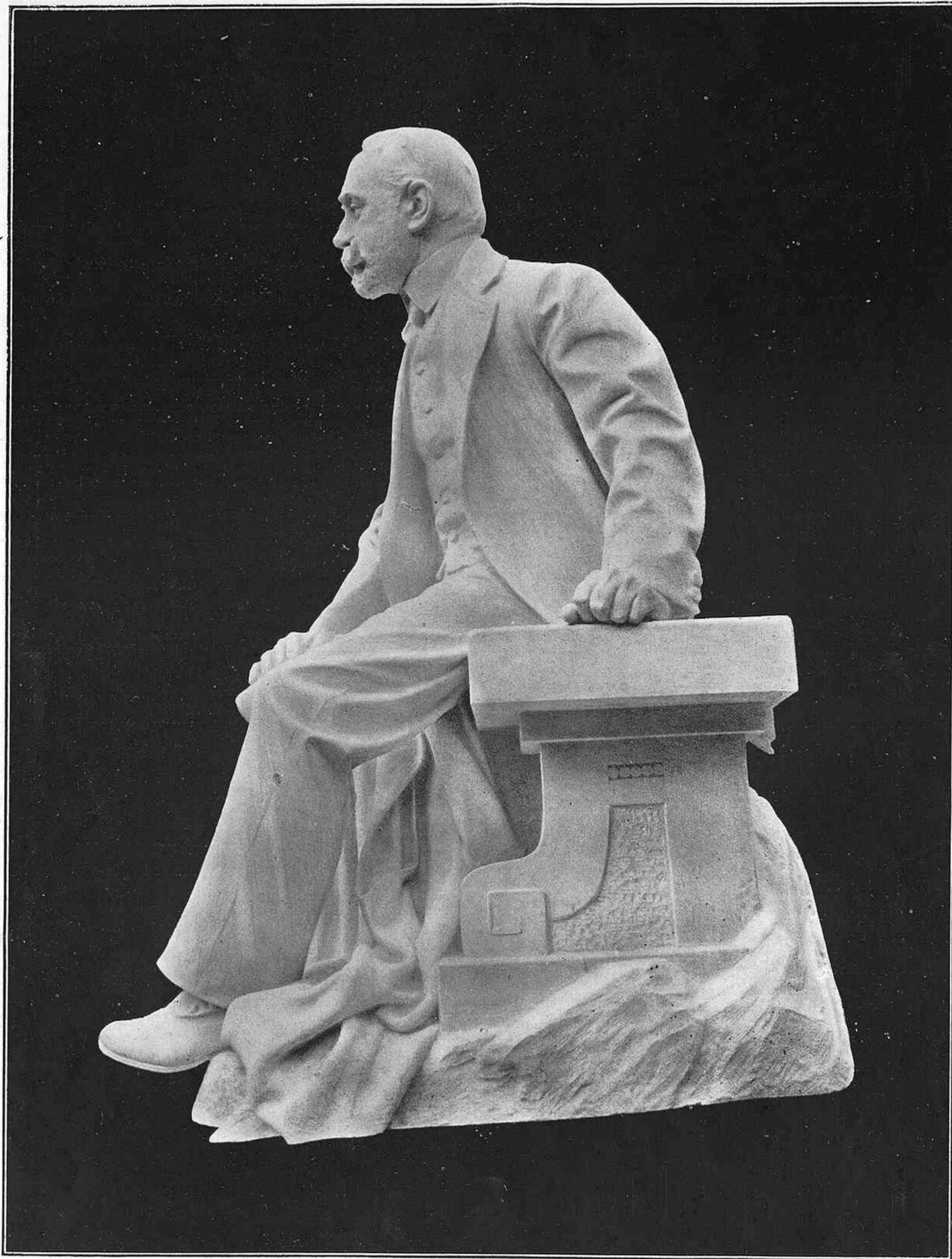
*La historia de la vida de Jesucristo* pintada por él con extraordinaria perfección popularizó de tal manera su nombre, que desde entonces se dedicó exclusivamente a dibujar y a grabar, habiendo hecho los dibujos para *La Fisonomía de Lavater*, de las obras de Bassetow y otras y pudiendo decirse que en aquella época no se publicaba en Prusia ningún libro que no llevase por lo menos una viñeta suya. Pintó también varios cuadros y en 1760 fué nombrado vicedirector de la Academia de Berlín.



La familia de Calás, cuadro de Daniel Chodowiecki que figura en la Exposición de Arte antiguo alemán (1650-1800) que actualmente se celebra en Darmstadt

TANDIL (PROVINCIA DE BUENOS AIRES - REPÚBLICA ARGENTINA)

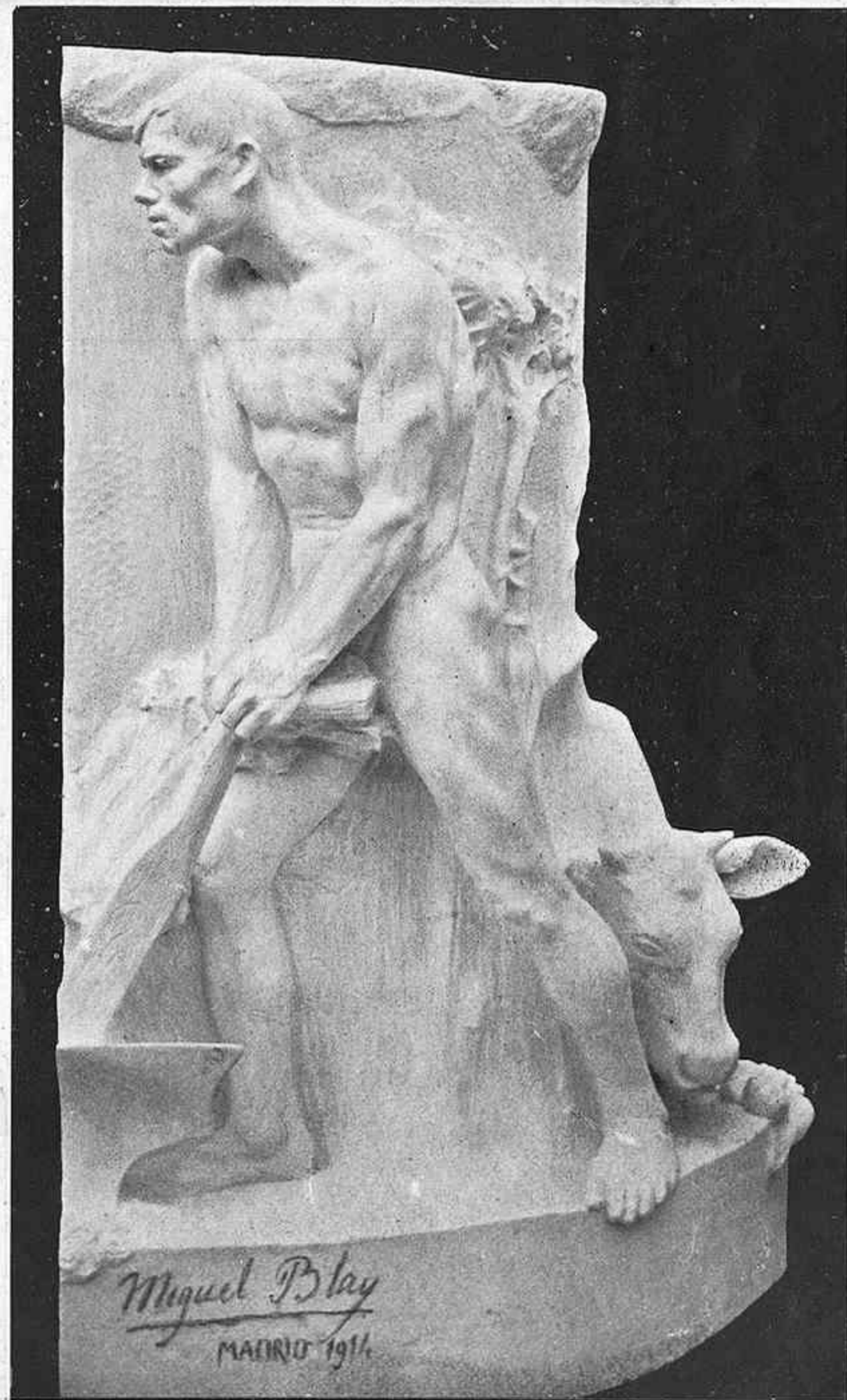
MONUMENTO A D. RAMÓN SANTAMARINA



ESTATUA DE D. RAMÓN SANTAMARINA, obra de Miguel Blay

(De fotografía de F. Serra.)





Esculturas de Miguel Blay que forman parte del monumento que ha de erigirse en Tandil (República Argentina) a D. Ramón Santamarina

MELILLA. - VISITA DEL EXCMO. SR. CONDE DE ROMANONES. (Fotografías de Lázaro.)



El general Jordana presentando al conde de Romanones a los caídas de las cabilas adictas que fueron a recibirle al muelle. - El conde de Romanones saliendo del laboratorio de la Granja Agrícola

El conde de Romanones está efectuando actualmente una excursión por nuestras posesiones del Norte de África, después de haber visitado Argel y diferentes sitios de la zona francesa.

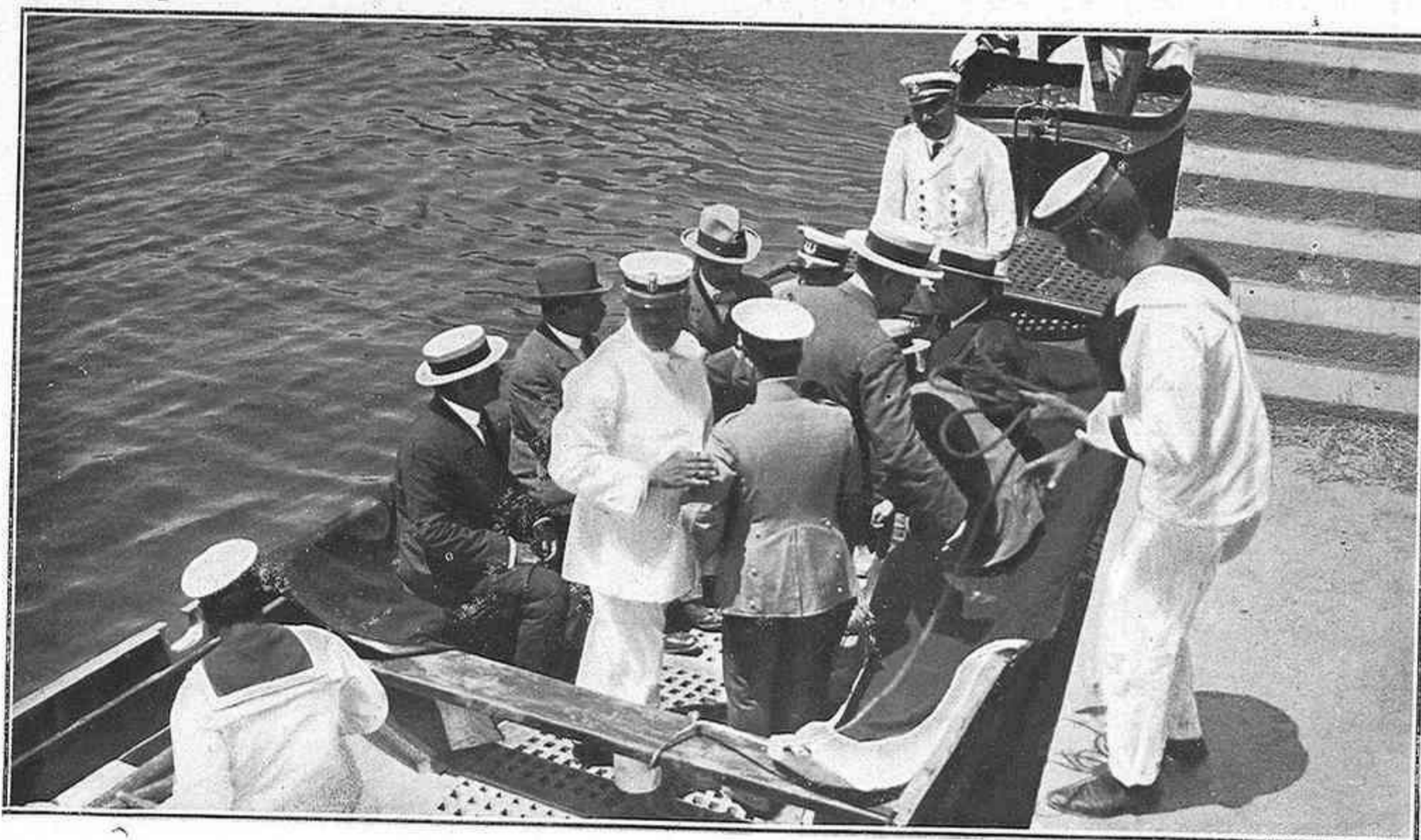
Llegó a Melilla el día 2 de este mes en el yate *Cosme y Jacinta*, acompañado del general Jordana y de otras distinguidas personalidades de aquella plaza y desembarcó en el muelle Villanueva, en donde le esperaban nutridas comisiones del ejército, entidades civiles oficiales y particulares, buen número de caídas de las cabilas adictas, el Majzén, el Bachir y numeroso público.

Desde el muelle dirigióse el conde a la escuela indígena y luego visitó la Granja agrícola, en la que el ingeniero Sr. Cremades le dió extensas explicaciones de los trabajos realizados y de los que tiene en proyecto, y las obras del puerto. Por la tarde fué en el citado yate a Cabo de Agua, de donde regresó a las nueve de la noche.

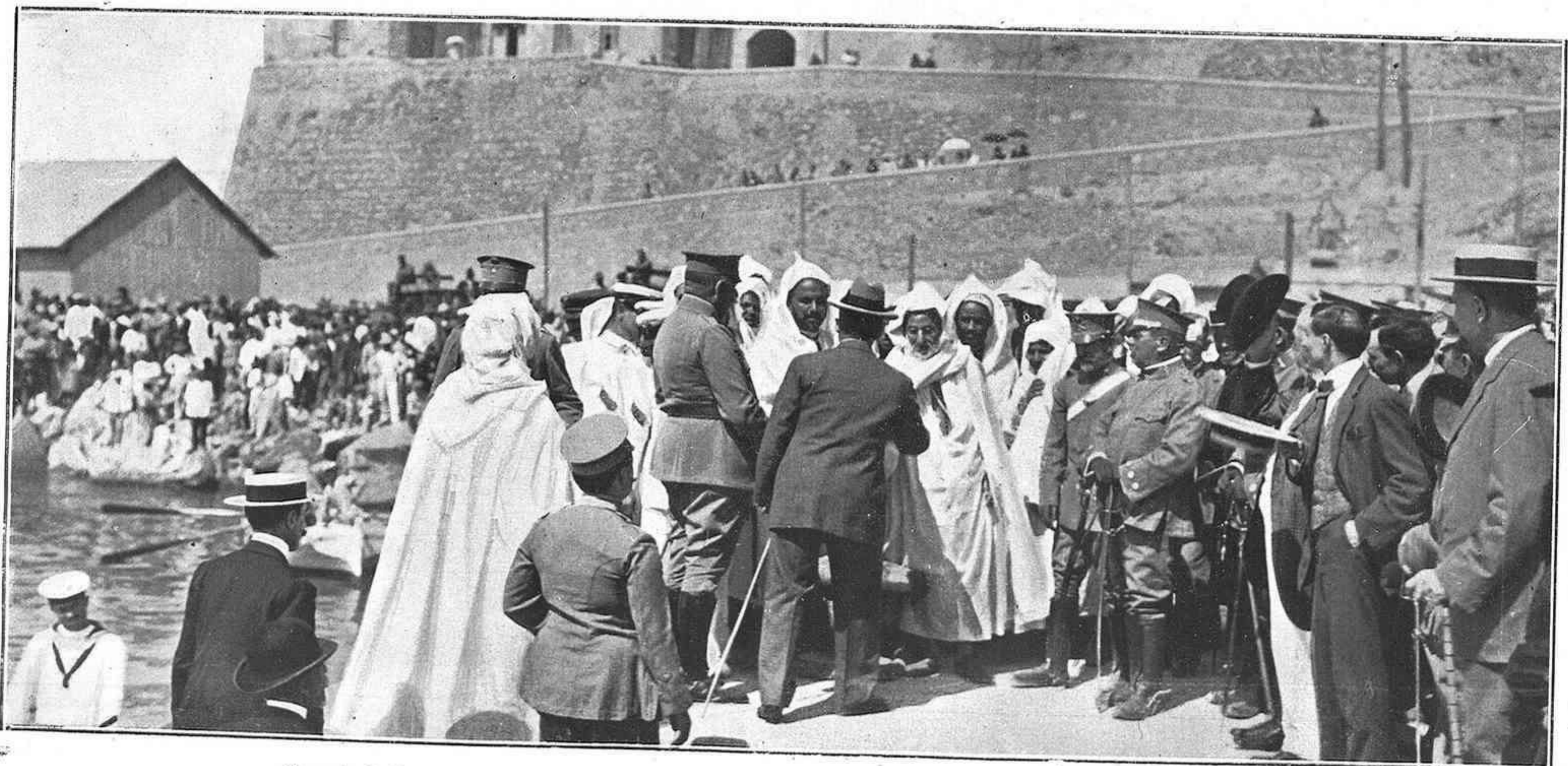
Al día siguiente el conde y el general Jordana marcharon en automóvil a Sammar y desde la hermosa casa cuartel de la policía indígena contemplaron el Kert y el hermoso panorama que allí se ofrece a la vista, explicando el general al conde el desarrollo de la última campaña. Desde Sammar fueron a Tisafor regresando a Melilla a las seis de la tarde. Poco después asistió el conde de Romanones al champaña de honor con que le obsequió la Junta de Arbitrios; celebróse esta fiesta en el teatro Reina Victoria y a ella concurrieron las más distinguidas personalidades de la población. El coronel Sr. Montcro en nom-

bre del pueblo melillense ofreció el homenaje al conde, quien lo agradeció con sentidas frases. A las seis de la mañana del día 4 el conde y el general, con sus respectivos séquitos, partieron para Nador y el Zaio, en donde revistaron las fuerzas de aquellas posiciones y vieron funcionar la estación radiotelegráfica de campaña y luego fueron al vado de Mexena el Melha, en donde la Compañía Agrícola Marroquí tiene una importante factoría, examinando detenidamente la obra colonizadora que dicha compañía realiza en las extensas llanuras de Zabra.

Seguidamente marcharon los expedicionarios a la posición de Sidi Sedik, recibiendo en el camino los saludos de los principales chejjs de las fracciones, y desde allí subieron a la elevada posición de Karus Sba, admirando el hermoso panorama que abarca las tres vastas llanuras, de Garet, Zebra y Zobia. Allí ordenó el general que todos los heliógrafos de las posiciones enfocaran hacia Karus Sba, y momentos después aparecieron señaladas todas las posiciones con destellos luminosos, pudiendo con todos aquellos puntos de referencia explicar el objeto y el desarrollo de las operaciones últimamente efectuadas. A su regreso a Melilla fué el conde de Romanones obsequiado con un espléndido *lunch* por la Cámara de Comercio y por la noche con un banquete que en su honor dió en la Comandancia general el general Jordana. Al día siguiente visitó el conde las posiciones de Monte Arruit y de Testudín y por la tarde salió de Melilla con dirección a Alhucemas.



El conde de Romanones, sus hijos y acompañantes dirigiéndose al yate *Cosme y Jacinta* después de su visita a Melilla



El conde de Romanones saludando al representante del Sultán, El Bachir, y demás moros notables de la plaza

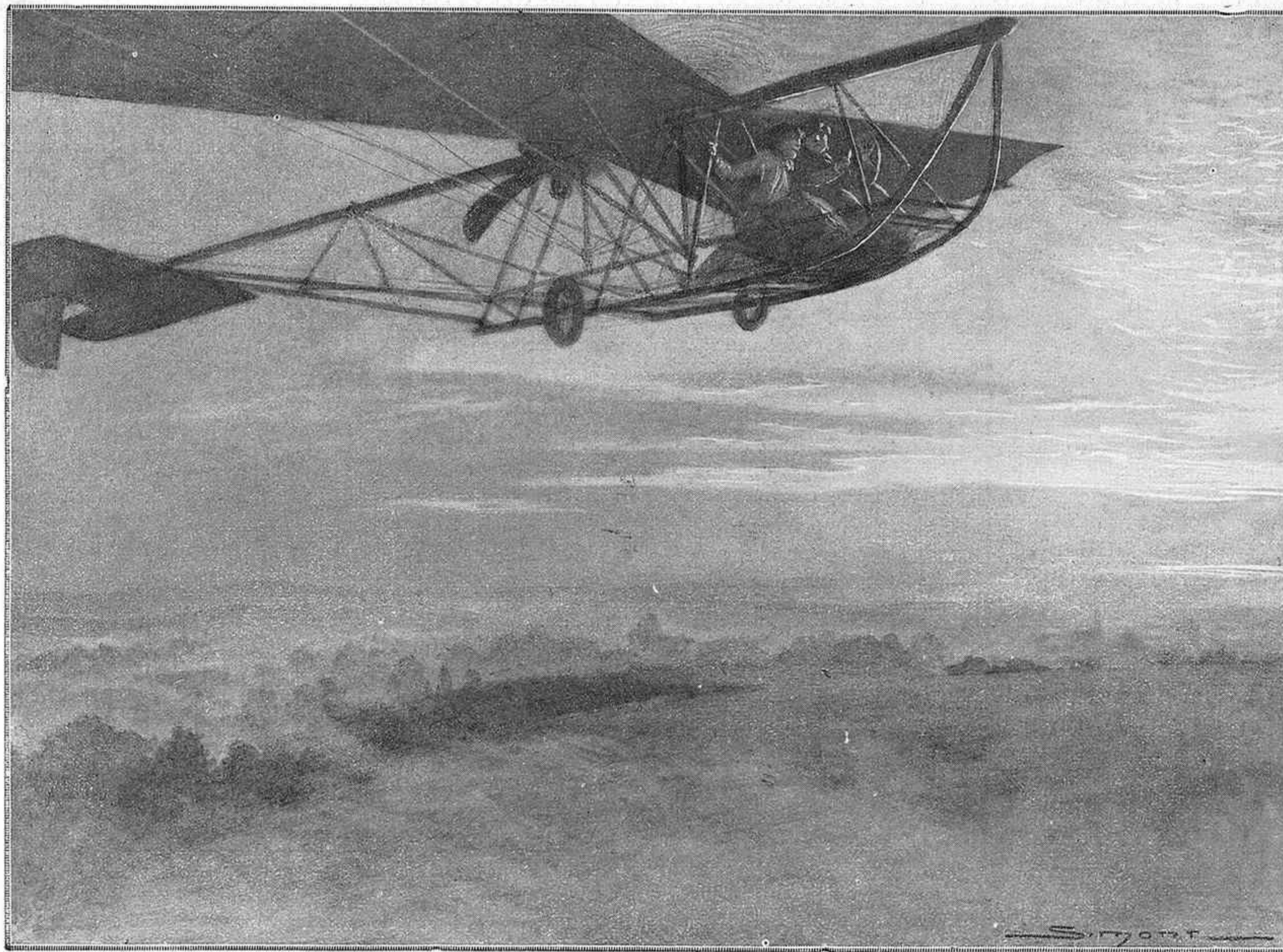
# LA VICTORIA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO ACKER. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONCLUSIÓN.)

Pero al darle en el rostro el aire fresco del exterior Magdalena volvióse sorprendida hacia la entrada del taller.

aquel obrero que se permitía reconvenirle y le dijo:  
- Desde ahora mismo puede usted buscarse una colocación donde hagan más falta sus consejos.

Con el brazo derecho apoyado sobre la rodilla, la barbilla entre las manos, los cabellos negros que parecían un ligero velo esparcido en torno de su fren-



... su aeroplano, suspendido e inmóvil, era el único pájaro que flotaba en la vasta inmensidad del cielo

- ¡Ah!, exclamó.  
Mas no sintió ni sobresalto ni temor.  
Andrés avanzó hacia ella.  
- ¿Qué haces aquí?  
- Ya lo ves, contestó ella muy tranquila.  
- Hazme el favor de volver a casa, dijo Andrés cogiéndola de un brazo.

- Tengo que hacerle todavía a Pacot dos o tres preguntas, replicó ella tranquilamente.

Así lo hizo, sin preocuparse para nada con Andrés y cuando hubo terminado le dijo con aire un poco indiferente:

- ¡Hasta la vista!  
- Buena reprimenda me espera, murmuró Pacot. En efecto, ésta no se hizo esperar.  
- No tenía usted que haber dado ninguna explicación a la señora de Crayán, le dijo a Pacot. Su sitio no es éste.

Pacot no sufrió esta observación con su docilidad acostumbrada.

Si aquella censura, justa o injusta, no hubiese recaído más que sobre él, se habría callado; pero de rechazo iba a parar sobre la joven que no se la merecía.

- Sr. Andrés, yo he sido el que he avisado a la señora.

- ¡Cómo! ¿Usted? ¿Y por qué?

- Ya sé que me he metido en lo que no me importa... Pero, qué quiere usted, me da pena esa pobre señora... Mi mujer, que no es más que la mujer de un obrero, conoce el aparato tan bien como yo... Yo se lo he enseñado y usted no me ha reconvenido nunca por eso... ¿Y la señora de Crayán sería la única que no lo conociese? Eso no debe ser, Sr. Andrés, no debo ser... Uno debe contárselo todo a su mujer cuando no tiene ninguna queja de ella.

Una llamada de cólera coloreó el rostro de Andrés.

Y olvidándose en aquel momento de la abnegación y fidelidad de Pacot, acercóse algo pálido a

- Está muy bien, Sr. Andrés, dijo sencillamente Pacot.

Andrés, al entrar en su despacho, oyó que Pacot, canturreando, se ponía a ajustar las piezas.

Aunque acababa de despedirlo, Pacot estaba contento.

## XVI

A obscuras, en el salón, Magdalena esperaba a Andrés.

Un fuerte viento sacudía silbando las ramas de los árboles para ir a soplar después sobre el pantano. Tan pronto oíase una queja lejana como rugía con impetuoso furor.

Magdalena percibió un ruido de pasos sobre la arena del jardín; abrióse la puerta de la casa volviendo a cerrarse y no pasaron más que unos minutos cuando entró Andrés.

Magdalena no se movió.

Como perdida entre los pliegues de un amplio peinador permaneció inclinada hacia el fuego, iluminando únicamente su rostro, en la obscuridad de la habitación, el resplandor de la chimenea.

Andrés, de pie, a pocos pasos de ella, se quedó mirándola.

Hasta entonces complacióse en creer que Magdalena se contentaba fácilmente con el amor que la otorgaba, puesto que no exigía nada más. Su egoísmo no intentó averiguar qué oculta ofensa había tras la reserva de su mujer.

De pronto sintió una voluntad que se oponía resueltamente a la suya.

Lo que temió en un principio realizábase; Magdalena no aceptaba el papel que él había querido imponerle y desde aquel instante comenzaba una lucha de la cual quizás él no saldría vencedor.

Al hallarse en el salón, temió instintivamente aquella vaga penumbra donde la belleza de Magdalena adquiriría un extraño hechizo.

te, los ojos fijos obstinadamente en la llama de la chimenea, le pareció a Andrés que estaba resuelta a emplear para vencerle toda la páfida habilidad de su sexo.

- ¿Me permites?, la preguntó haciendo girar un botón eléctrico. No se ve.

La claridad fué para él como una especie de ligero alivio.

Un criado entró a anunciarles que la comida estaba servida.

Las primeras palabras triviales de Andrés obtuvieron una respuesta indiferente que interrumpió en seguida la conversación.

Terminada la comida, Andrés cogió los periódicos del salón y se dirigió silenciosamente hacia la puerta.

- ¿Ya te vas?, preguntó Magdalena.

- Sí; quiero leer un poco antes de acostarme, respondió él.

- No te vayas, tengo que hablarte.

El acento de Magdalena era tan tranquilo y tan imperioso que Andrés dejó los periódicos.

Adivinaba lo que iba a decirle aunque no la forma en que lo haría...

Ningún grito, ninguna muestra de cólera; sólo de cuando en cuando un movimiento convulsivo de los labios y un pensamiento siempre claro y luminoso que no se extraviaba en fútiles reconvencciones.

- Sí, he hecho mal en entrar en tu taller, aprovechar de tu ausencia, como si a ello me hubiera dado una pueril curiosidad... Me explico tu cólera... Comprendo hasta que no hayas podido reprimirla en presencia de Pacot... Tampoco me quejo de tu brutalidad... Pero quiero conocer los motivos que te determan a prohibirme el acceso a tu taller y a tenerme confinada en la casa... Pues no me equivoque; todo me lo probaría si tú mismo no lo hubieses dicho una tarde en casa de los Bienne... Tú divides tu vida en dos partes: la una doméstica y mundana, que es la que me consagras a mí, y la otra, tu verda-

dera vida, la vida de tu inteligencia y de tu ambición que la reservas celosamente de mí o contra mí. ¿Qué excusa me darás para explicar tu conducta? ¿Qué he hecho yo que la justifique? ¿Es un capricho tuyo o el fruto de maduras reflexiones? Quiero saberlo ahora mismo... Ya he perdido demasiados meses en inútil espera.

A Andrés no le sorprendía la rebelión de Magdalena. La esperaba tarde o temprano, lo que le maravillaba era el hallar en ella, en vez de la nerviosidad y seducción de una mujer, una razón combatiente.

Pues bien, él respondería a Magdalena como a un hombre...

La vida de un hombre que quiere realizar un gran ensueño no puede pertenecer toda entera a la mujer que se casa con él... Esta era su creencia de toda la vida... era una convicción basada en el saber que traen consigo los años vividos... El trabajo era lo que pertenecía propiamente al hombre y constituía un dominio inviolable... Sobre todo su trabajo en el que una mujer no podía entender nada, un trabajo a la par de creador y de obrero...

¿Qué podía echarle en cara Magdalena? La amaba y por su amor había hecho ya muchos cambios en su vida.

¡Que comparase, si no, la vida que llevaba antes a la que llevaba ahora!

Su amor no había sufrido la menor disminución, pero no quería sacrificarlo todo en aras de aquel amor. El no ambicionaba más que ser dueño de los pocos metros que constituían su taller... Si triunfaba, Magdalena disfrutaría del triunfo sin haber sufrido ni los tormentos ni las zozobras de la lucha... ¿Qué más podía desear?

— ¿Y mi amor?, exclamó ella.

Su corazón no podía resignarse a aquella controversia indiferente y glacial.

— ¿Tu amor?, repitió él con súbita inquietud.

— Sí, mi amor... Yo me casé contigo no porque me amabas tú, sino porque te amaba yo... Mi amor no se satisface con el papel que quieres asignarme... Ninguna mujer que ame verdaderamente puede resignarse a él... y yo menos que ninguna... Me privas precisamente de todo lo que yo amo más en ti: tus fracasos, tus esperanzas, tus peligros, todo lo que me atraía más hacia tu persona, cuando me juzgabas como una muchacha frívola y mal educada... Tú no podrás imaginarte nunca la dicha que sentí cuando dijiste que me amabas... Por fin iba a vivir lejos de esa sociedad en donde yo hacía todo lo posible por aturdirme para no sufrir de su miseria y de su trivialidad; por fin iba a estar sola contigo en una aldea, asociada por la ternura a tu trabajo, siempre llena de valor en las horas en que la fe vacila y la esperanza desmaya. Iba a ser tu mujer, ¿me comprendes?, tu mujer.

Magdalena acercándose a él marcó lentamente las sílabas de estas últimas palabras.

El peinador algo descotado dejaba ver su blanca nuca y parte de su garganta, y las amplias mangas de terciopelo, al agitar sus manos, flotaban en torno de sus brazos, en uno de los cuales brillaba en la muñeca un fino brazalete de oro.

Andrés retrocedió, temeroso de su debilidad ante la belleza de Magdalena.

— Lo que conoce tu obrero lo ignoro yo, añadió Magdalena inclinándose hacia él. Mañana vas a ensayar tu aparato, mañana quizás te espera la muerte y yo no sabría nada, si Pacot no me lo hubiese dicho todo.

— Temía tus lágrimas, tus temores, tus súplicas...

— Yo hubiera sabido ocultártelas.

El, aunque un poco conmovido, tuvo un gesto incrédulo.

— Dices eso..., eres sincera...

Y añadió después en un arranque de franqueza que le impulsó a revelarla de una vez todo su pensamiento:

— Oyeme... Yo me casé contigo porque te amaba y todo juntóse para provocar y desarrollar mi amor: los cuidados que me prodigaste en Etampes, mi soledad en el Catois, tu espléndida belleza... Yo quería vivir solo, dueño absoluto de mi vida y cedí a los impulsos de mi corazón... Y cedí tan por entero que durante mucho tiempo tú no más exististe para mí en el mundo... Mi amor era tan violento que te asustó algunas veces en Alemania... Fué en Heidelberg donde me desperté... sí, ésa es la palabra, me desperté... Era como un hombre quien con una venda puesta en los ojos, ha marchado hasta el borde de un precipicio... Si no me evadía de mi amor estaba perdido... ¡Ah! yo te sigo amando, no lo dudes, pero un hombre que se deja dominar por el amor es un hombre disminuído, si no le señala límites a su amor... ¡Cuántos hombres podría citarte a quienes el amor les ha sido funesto, sobre todo entre los avia-

dores... Eran fuertes, eran ambiciosos, pero enamorábanse y ya no eran más que unos esclavos de la mujer que amaban. El uno cesaba de volar, para construir, porque su mujer necesitaba dinero; el otro porque se lo suplicaba su mujer, y otro...

Magdalena, cruzando las manos, miróle con infinita piedad.

— De modo que eso es lo que has pensado.

Magdalena dijo estas palabras sin cólera, sin orgullo, pero con amarga melancolía.

— Yo no soy de esas mujeres, Andrés. Yo te amé entre otras muchas razones porque alentabas un sueño magnífico, cuando tu fortuna te permitía llevar una existencia inútil... Tú me dijiste en Etampes y después en Alsacia que cada día ibas conociéndome más... Y en Rostheim, recuérdalo bien, no me ocultabas ninguno de tus pensamientos. Entonces ignorabas aún que te amase, pero querías lograr mi amor... ¡Ah! cuando uno quiere ser amado no calcula y deja hablar a su corazón... Más tarde estuviste seguro de mi cariño, pero no penetraste hasta el fondo de mi alma. ¿Qué me importa ser tu mujer si me ocultas tus trabajos, si no sigo al par que tú tus progresos, si no te sostengo y aliento con mi valor, si en suma, toda tu vida no es mi vida? ¡Cuántas noches has vuelto de tu taller preocupado, triste y sombrío! Yo te interrogaba y tú me respondías con frases evasivas o no me querías dar ninguna respuesta. Y esto ha durado un año entero. Todo un año que he estado esperando en vano que te confiasas a mí como en otro tiempo... Jamás sospechaste lo que yo sufría... Pero ahora lo comprendo todo... Soy tu enemiga porque me amas; yo quería ser tu amiga y compartir todas tus luchas y sinsabores.

Andrés escuchábala llenándole todo de turbación en aquella tranquila y sossegada estancia, con los postigos cerrados en donde extinguíase lentamente el fuego de la chimenea; aquel rostro angustioso y tendido hacia él, aquella voz amarga y desolada, aquella sugestiva belleza a cuyo sufrimiento prestaba mayores atractivos sin duda la florida y fragante juventud...

El, que la amaba, habíala hecho sufrir..., no viendo en ella más que a una enemiga, siendo quizás esa amiga con que sueñan todos los hombres desesperando siempre de hallarla en su camino, la mujer sublime que, al mismo tiempo que ayuda, es sostén y consuelo en los difíciles trances y duelos de la vida...

Andrés escuchábala y cuanto más la oía, mayor crédito daba a sus palabras, aun cuando no acabasen de morir del todo en el fondo de su espíritu las rancias prevenciones y los antiguos recelos...

Andrés hubiese deseado que se callase, que se alejase de allí para no tener que sucumbir a su débil poder.

— Magdalena, mañana hablaremos y discutiremos si quieres... Yo no deseo más que tu dicha.

Y tendióle los brazos, pero Magdalena no fué a ellos.

— ¿Piensas que voy a seguir viviendo como hasta ahora?

— No deseo más que tu dicha, balbuceó Andrés dulcemente.

— Entonces, te ruego me concedas lo que voy a pedirte.

Andrés vaciló un momento y después sonriéndose dijo:

— Concedido.

— Quiero subir contigo pasado mañana cuando ensayes tu aparato.

— Jamás te concederé eso, exclamó él con sorpresa. Estás loca.

— Acabas de concedérmelo.

— Ignoraba lo que ibas a pedirme. ¿Has pensado bien lo que me pides? Yo puedo exponer mi vida, pero no tengo el derecho de exponer por ningún motivo la tuya.

— Si has de morir, ¿para qué quiero yo la vida?, dijo decidida.

— Tu vida no me pertenece.

— Sí, puesto que te amo.

Magdalena no pensó en un momento semejante ejercer el poderío de su belleza para subyugar a Andrés y a haberla pasado por el pensamiento hubiéralo rechazado con horror.

Ella hacía el don de su vida; no expresaba un deseo sino una voluntad inquebrantable.

Andrés la estrechó en sus brazos con una ternura acariciadora que muy pronto adquirió una frenética violencia.

— Te suplico que renuncies a tu proyecto... Puedes matarte..., es una locura... Yo te amo... Desde hoy todo será común entre nosotros... Te lo juro, pero, ¡eso no!... ¡eso no!...

Magdalena desasióse de sus brazos,

— Si no me concedes lo que me has prometido da por terminado nuestro amor.

— ¿Que dé por terminado nuestro amor?, preguntó Andrés.

— Sí, porque me iré del Catois... Separada de ti no estaré más lejos de lo que estoy hace ya casi un año.

Andrés vió en el acento de Magdalena que sus palabras eran sinceras e inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

— Pues bien, hágase tu voluntad.

— ¿Me lo prometes?, preguntó Magdalena todavía recelosa.

— Te lo prometo.

## XVII

Aquella misma noche su promesa le pareció a Andrés no sólo insensata sino criminal...

Nada más natural que él desafiase la muerte, pero Magdalena..., Magdalena...

El amor que debiera haberle obligado a rehusar, no debía obligarle también a faltar a su palabra de hombre.

Pero si él no cumplía su promesa, ella cumpliría la suya.

Terminó el día y Magdalena, confiada, esperaba. Andrés no la disimuló sus temores; es más, multiplicábalos para asustarla. No atreviase a suplicarla a que renunciara...

¿No sería mejor que él hiciese antes la prueba?... Si el aparato volaba, Magdalena subiría con él. Pero ella permaneció inflexible... Puesto que había peligro, su puesto estaba al lado de su marido...

A su regreso del taller Andrés la anunció que Pacot, a causa de la emoción, sin duda, al saber que volvía a quedarse a su servicio, por intercesión de Magdalena, había colocado mal una rueda... que sería preciso quitar.

Fué una demora muy breve; al día siguiente estaba colocada el ala.

Por la noche, a las diez, al separarse, Magdalena dijo sencillamente a su marido:

— ¡Hasta mañana! Despiértame si yo no te despierto.

El la estrechó contra su pecho con silenciosa pasión.

— ¿No has cambiado de idea?

— ¿Por qué temas, si estoy yo contigo?, dijo ella sonriéndose.

Andrés separóse de sus brazos, ella inclinó la cabeza y él besó suavemente sus labios.

Magdalena acostóse, prestamente, dejando preparada su ropa al pie de su cama, para no perder tiempo en cuanto se levantara.

Pacot, por la tarde, había llevado al hangar el jersey y el casco.

Andrés desde su cuarto oía a Magdalena marchar, sentarse, acostarse.

Ella gritóle alegremente:

— ¡Hasta la vista, Andrés!

Y su cuarto quedó en la obscuridad no tardando en oírse su respiración tranquila y rítmica.

Andrés, en cambio, no podía dormirse.

No solamente desvelábase el vuelo que iba a emprender dentro de unas cuantas horas, sino otros pensamientos rápidos, incoherentes, imprecisos, que le llenaban de fiebre y turbación.

Recordaba cosas de Alemania, su ardor amoroso de los primeros días, gestos, palabras y miradas de Magdalena, recuerdos insignificantes y tan grandes que el tiempo, en su huida, deposita en el fondo de los corazones...

Veía a Magdalena, de soltera, en el salón de la señora de Crayán, la veía en Etampes a la cabecera de su cama y veíala sobre todo al reclamar sus derechos de esposa.

De modo que cuando el destino le revelaba por entero la admirable mujer que poseía, el destino le constreñía a afrontar con ella la muerte.

Dieron las doce.

Levantóse y sin hacer ruido entró en el cuarto de Magdalena.

Andrés hizo girar el botón de una lámpara que estaba al lado de la cama.

Acostada sobre el lado derecho y con la cabeza apoyada en el brazo replegado, la sien y la oreja ocultas por sus cabellos desanudados y sueltos, Magdalena dormía.

¡Qué tranquilidad la suya mientras a él el terror martirizábale el alma!

Tenía toda la cándida tranquilidad de una niña y no obstante ¡qué voluntad tan firme y tan fuerte en aquella cabecita, que él destruiría tan fácilmente con sus manos!

Andrés contemplábala silenciosamente sin poder apartarse de allí.

¡Con qué horrible tortura expiaba él su desconfianza y sus injuriosas teorías.

Magdalena movióse entonces lanzando un profundo suspiro.

Andrés temió que fué a despertarse, pero ella siguió durmiendo tranquilamente.

Andrés volvió a su cuarto, logrando al fin dormirse con un sueño pesado y profundo.

Cuando se despertó su reloj apuntaba las cinco. Tendió el oído y escuchó.

Magdalena continuaba durmiendo...

Andrés tuvo un alegre sobresalto...

¡Que durmiera! ¡que durmiera!, no sería él el que la despertara...

No, no cumpliría su promesa... La hizo sin saber lo que prometía... Una promesa semejante no tenía valor alguno...

Aprovechándose de su sueño, debía partir y volar en cuanto apuntasen débilmente las primeras luces del alba...

Era un desigmo que había ya cruzado por su espíritu, que rechazó al principio y para el cual no podía presentarse ahora una ocasión que fué más favorable.

Quizás no se despertase Magdalena y si llegaba a despertarse, a duras penas encontraría el camino en medio de las densas sombras que aun reinaban llegando tarde al sitio señalado donde iba a subir Andrés.

Andrés abandonó su lecho, lentamente, y velando más aún la débil luz de su lámpara, vistióse, tendiendo inquieto el oído al más leve rumor que aumentaba el silencio.

Su cuarto daba a un rellano de la escalera y no lo cerraba nunca con llave; Andrés abrió llevando los zapatos en la mano, deteniéndose anhelante al oír chirriar la puerta... Magdalena debía de haberlo oído.

Latiéndole fuertemente el corazón permaneció en el umbral unos cuantos segundos, luego deslízase fuera; bajó la escalera apoyándose en la barandilla para que no sonaran sus pasos sobre los peldaños; y recorrió los cerrojos de la puerta.

Al llegar al vestíbulo se puso las botas, lanzando un suspiro de satisfacción...

Tenía la sensación de haber llevado a cabo algo formidable...

La tierra congelada estaba resbaladiza; las pálidas estrellas iban desapareciendo como si se fundiesen en el cielo...

Andrés echó a correr sobre el césped del jardín hasta que llegó a la calle, insensible al frío que punzaba la piel al través de su vestido. Un perro se puso a ladrar furiosamente.

Andrés apresuró su carrera hasta el puente.

Al llegar allí dejó de correr, pero siguió avanzando con bastante rapidez, envolviéndose mejor en su capa.

Todavía era de noche, pero ya empezaba a percibirse una indecisa y vaga claridad.

Pero Andrés conocía tanto aquel camino que hubiese podido recorrerlo con los ojos cerrados. Una especie de alegría un poco salvaje, llenábale de exaltación.

Quizás se mataría dentro de una hora, pero se mataría solo.

Por fin empujó la puerta de la barrera que circundaba el campo. Todo él estaba cubierto ligeramente de escarcha.

Hacia el Este, por encima de las vaporosas formas que limitaban el horizonte, largas fajas paralelas de un gris lila, extendíanse completamente sobre el cielo.

Pacot salió del hangar.

— Despachemos pronto, dijo Andrés.

Hablaba en voz baja, como si Magdalena pudiese oírle.

— ¿Y la señora?, preguntó Pacot, también en voz baja.

— Duerme.

— ¿No vendrá entonces?

— No.

— Más vale así.

De pronto resonaron pasos en el camino.

Pacot tranquilizóse.

— Son los aldeanos que vienen para sujetar el aparato.

Sacaron el aparato al campo con muchas precauciones.

— Lo he examinado todo, dijo Pacot. He engrasado y dado aceite a todas las piezas... El martinete funciona fácilmente.

A Andrés eso le tenía sin cuidado... No pensaba más que en partir...

Ya no lucían las estrellas y las sombras acumulábanse en las hondonadas de los caminos, refugiábanse entre los árboles.

Andrés, impaciente, se puso el jersey sin perder tiempo.

— Espere usted un poco, señor, dijo Pacot.

Y señaló hacia el cielo de color rosa, donde un nimbo de oro, anunciaba ya la pronta aparición del sol.

— Ya veo bastante, dijo Andrés.

Estaba anudándose el casco cuando de pronto una voz anhelante desgarró el aire con sus agudas entonaciones:

— ¡Andrés! ¡Andrés!

— ¡Magdalena!, murmuró él.

Y en seguida dijo ansiosamente a Pacot:

— Subo; haga girar la hélice.

No tuvo tiempo para ello. Magdalena estaba ya allí...

Habiéndola despertado los ladridos del perro, llamó a Andrés.

Como éste no la respondiera adivinó lo sucedido, confirmándole en su sospecha el no hallarle después en su cuarto.

Sin lamentarse ni indignarse vistióse y corrió hacia el campo...

La claridad del alba guiaba sus pasos. Una rama hízola caer, pero volviéndose a levantar reanudó su carrera, creyendo haberse extraviado, en un recodo obscuro, no muy lejos del campo...

Entonces gritó... para que la oyese Andrés y no se marchase...

Y Magdalena, sin sombrero, con los cabellos en desorden, la falda desgarrada y temblorosos los labios, erguía ante Andrés.

Pacot, lleno de una gran piedad, echóle su capa a los hombros.

Magdalena contentóse con decir, mientras que con la mano reprimía las palpitations de su afligido corazón:

— ¡Has hecho muy mal, muy mal!

— No quiero... Debes comprenderlo..., te lo suplico, la dijo Andrés.

Lleno de trastorno y confusión no se atrevía a hablar ni a obrar como dueño.

— No subas hoy, implorábala, sobre todo en el estado en que estás... Otro día... a fines de esta semana..., te lo prometo.

— Ya no creo en tus promesas, dijo ella moviendo la cabeza.

Y posando en él la mirada de sus profundos ojos añadió:

— No me rechases..., te daré la suerte.

Aquellas palabras hicieron vacilar a Andrés, removiendo en él ese fondo supersticioso que siempre tienen hasta los hombres más temerarios... Quizás tuviese razón.

— Pacot, mi jersey y mi casco, ordenóle Magdalena.

Los aldeanos contemplábanlos estupefactos.

El destino lo quería así y Andrés, que era fatalista, no resistió por más tiempo.

El rosa del cielo trocábase en verde, surgiendo después el azul cenital.

Dorábase el horizonte y aquel oro, aquel verde y aquel azul fundíanse lentamente el uno en el otro en una infinidad de matices que reflejaban en la tierra las hierbas y las plantas cuajadas de escarcha.

Un viento frío encorvó los troncos de los alisos del canal.

— Está bien, dijo Andrés finalmente, puesto que lo quieres.

Y trepó ligeramente al asiento; Magdalena izóse a su lado.

— Cógete al obenque y pasa tu brazo al rededor de mi espalda.

Pacot hizo girar la hélice; los aldeanos, doblando el cuerpo, agarráronse al aparato.

— ¡Soltad!, gritó Andrés.

Transcurrieron algunos instantes; el motor daba resoplidos, y el aparato estremeciábase, como si no quisiera desprenderse del suelo.

De pronto, partió, y avanzando se elevó en el cielo, donde temblaban los primeros rayos de la luz.

El viento, de la rápida marcha, echó a Magdalena hacia atrás; con la mano crispada sobre el obenque, apretando los labios contra aquel aire glacial.

No veía nada, ni los árboles, sobre los que deslízabase el sol naciente, ni los estanques helados ni los rojizos pastos del pantano, con los esqueletos escuálidos de las cañas; no veía más que el volante que empuñaban las manos de su marido...

En un momento dado, una de aquellas manos, la diestra, debía soltar el volante y oprimir el martinete...

Pero las manos de Andrés permanecían inmóviles totalmente...

¿Cuánto tiempo hacía que estaban en el cielo?

A Andrés le pareció que hacía ya minutos y minutos.

Por fin apuntó el día...

Sonó la campana de una iglesia; una bandada de cuervos pasó graznando sobre la llanura.

El aparato marchaba contra el viento.

Magdalena levantó los ojos para mirar a su marido...

Andrés tenía los suyos fijos en el espacio, en línea recta, con los anteojos alzados sobre la frente. Su diestra soltó el volante; después, indeciso, volvió a soltarle para asirle otra vez.

— ¡Adelante!, exclamó ella con entusiasmo; yo te doy suerte.

Andrés oprimió el martinete y el aparato osciló.

— ¡Magdalena!, murmuró Andrés.

El iba a ser el único autor de su muerte, que había previsto, por no tener la fuerza de resistir a sus súplicas.

Magdalena se dió cuenta también de que aquello era la muerte, que no la inspiraba ningún temor puesto que iba a morir al lado de su estimado Andrés.

— ¡Te amo! ¡te amo!, exclamó Magdalena con ternura.

Andrés, más que oírle, adivinó sus palabras; su mano volvió a oprimir otra vez, primero el martinete y luego el motor.

De pronto, un torrente de sangre precipitóse en sus venas.

Las alas se habían agrandado; la hélice no ejercía más que una tracción vertical, disminuyendo la rapidez poco a poco; el aeroplano cesó de avanzar, flotando inmóvil en el espacio; Andrés, silencioso, escuchábale, en medio de la inmensidad, por encima del motor trepidante, vivir, y cernerse en el aire, con aquella momentánea suspensión de vida.

— ¡Andrés!.. ¡Andrés!

¡Qué débil era aquella voz, pero cuánta pasión triunfante vibraba en ella!

Andrés ni se movió ni desplegó los labios...

Una frágil vida, la vida más amada para él estaba en sus manos y él quería protegerla con todas las fuerzas exasperadas de su espíritu y de su buena voluntad...

Una ternura inmensa inundaba su corazón...

Era Magdalena la que le daba, realmente, el cielo y su victoria, que era indudablemente la victoria del amor...

Inmóvil, por encima de los campos y de los pantanos, bañados por el sol, su aeroplano, suspendido e inmóvil, era el único pájaro que flotaba en la vasta inmensidad del cielo.

TRADUCCIÓN DE JOSÉ PABLO RIVAS.

PARÍS. — MANIFESTACIÓN FEMINISTA

Las sufragistas parisienses, recordando que el filósofo Condorcet, antes de suicidarse en la cárcel para escapar de la guillotina, había sido uno de los prime-



Paris. — Las sufragistas depositando coronas en el monumento de Condorcet

ros apóstoles del feminismo, celebraron hace pocos días una manifestación en homenaje a su memoria y como afirmación de su voluntad de que se conceda el derecho de sufragio a las mujeres.

Las manifestantes se reunieron en la terraza de la Orangerie de las Tullerías y en un modesto estrado pronunciaron sendos discursos el Sr. Sembat y las



Las sufragistas, presididas por Mme. Severine, dirigiéndose al monumento de Condorcet. (De fotografías de M. Rol.)

en esta manifestación, como en todas cuantas realizan, han guardado una actitud irreprochable, sin dar el menor pretexto para que en ella interviniera la policía. Con esta conducta se atraen mayores simpatías y hacen más posibles sus reivindicaciones que sus colegas londinenses, cuyos procedimientos criminales y revolucionarios les atraen el odio de todas las personas honradas y perjudican más que favorecen a la causa de la defensa de los derechos de la mujer, bajo muchos conceptos respetable.

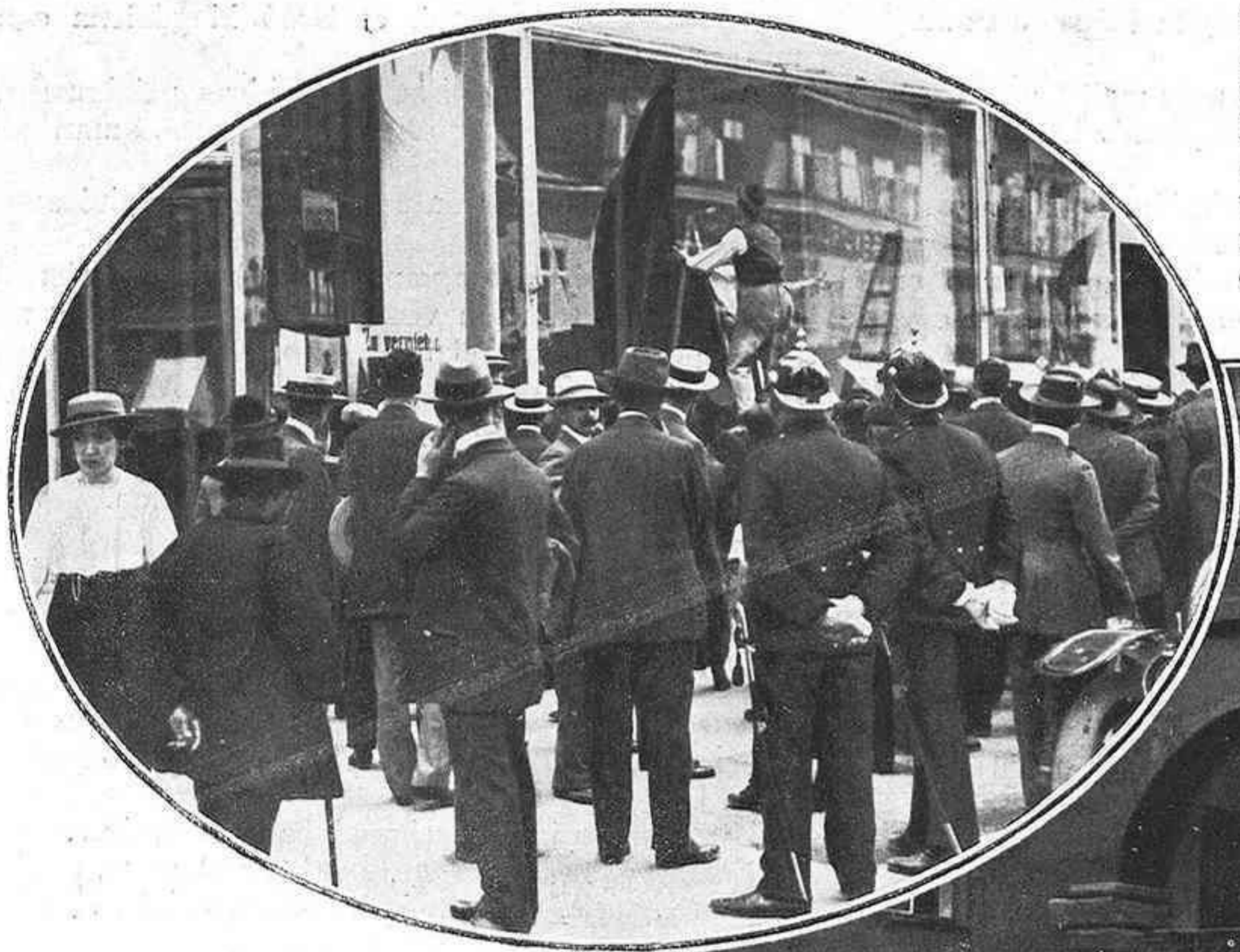
VIENA. — DESPUÉS DE LA TRAGEDIA DE SERAJEVO

El asesinato del archiduque Francisco Fernando y de su esposa, además de causar inmenso duelo en Austria Hungría, ha producido en muchas regiones del imperio una indignación extraordinaria que ha dado lugar a violentas manifestaciones antiservias. En Viena mismo, el ministro de Servia ha sido objeto de hostiles demos-

Los cadáveres del archiduque y de su esposa llegaron el 30 de junio último por la mañana a Metkovich, puerto de la costa dálmata, en donde los esperaba una división naval, siendo embarcados en el yate de guerra *Dalmat* y desde éste trasladados luego al crucero *Viribus Unitis*, que los condujo a Trieste. Desde allí fueron transportados al tren fúnebre que llegó a Viena en la noche del 2 de este mes, siendo conducidos al Hofburg y depositados en la capilla del palacio, convertida en capilla ardiente.

Durante las horas en que se permitió la entrada del público en la capilla, millares de personas desfilaron por delante de los féretros, junto a los cuales se había colocado la corona de Austria y una corona ducal.

A las cuatro de la tarde del 3 celebróse en la capilla la ceremonia fúnebre religiosa, a la que asistieron el emperador Francisco José, el príncipe heredero, el gobierno, los altos dignatarios de la corte y el Cuerpo Diplomático. La ceremonia fué sencillísima: el cardenal arzobispo de Viena rezó las preces de difuntos, la capilla de música cantó algunos motetes y en seguida todos los asistentes se retiraron.



Viena. — Vista de la tienda de un servio saqueada durante las manifestaciones antiservias motivadas por el atentado de Serajevo.

señoras Severine, Verone, Rebour y Durand; después la manifestación se dirigió por el muelle de las Tullerías, el Puente Real y los muelles Voltaire, Malaquais y Conti, al monumento de Condorcet, por delante del cual desfiló ordenadamente, depositando cuantos en ella tomaron parte ramos de flores al pie del mismo.

Las sufragistas completaron aquella jornada, celebrando por la noche un gran banquete organizado por la Liga de los Derechos de la Mujer.

Justo es consignar que las sufragistas parisienses

traciones y algunos establecimientos pertenecientes a servios se han visto asaltados por la multitud, que ha causado en ellos grandes daños.

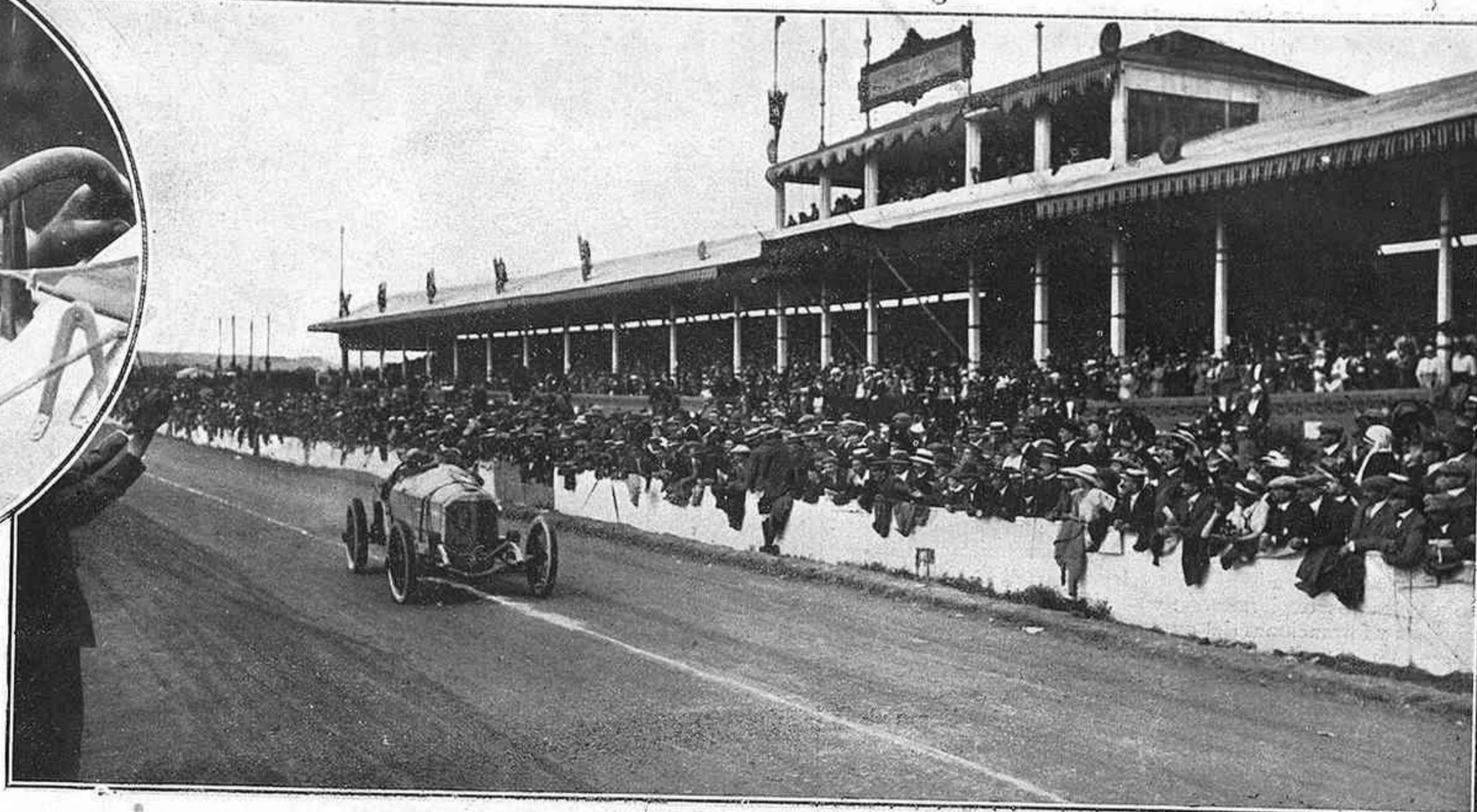
A las once de la noche los cadáveres fueron conducidos a Gross-Poehlarn y desde allí al castillo de Amstetten, en donde recibieron sepultura.



El público formando cola a la puerta de la capilla del Hofburg para desfilante ante los cadáveres del archiduque Francisco Fernando y de su esposa, la duquesa de Hohenberg, asesinados en Serajevo. (De fotografías de M. Rol.)



El circuito de Lyon. - Lautenschlager, ganador del gran premio del Automóvil Club de Francia. (De fotografía de Photo-Reporter.)



Llegada a la meta de Lautenschlager, que en un coche Mercedes ha ganado el gran premio del Automóvil Club de Francia. (Fot. Branger.)

EL CIRCUITO DE LYÓN

GRAN PREMIO DEL AUTOMÓVIL CLUB DE FRANCIA

El día 4 de este mes efectuóse la carrera automovilista del Circuito de Lyon, en la que se disputaba el gran premio del Automóvil Club de Francia. El circuito tenía una extensión de 37'631 kilómetros y la prueba consistía en dar veinte vueltas al mismo, es decir, en hacer un recorrido total de 752'620 kilómetros.

La velocidad media alcanzada por el vencedor Lautenschlager ha sido, pues, de 105'530 kilómetros por hora.

Para tomar parte en la prueba se habían inscrito 41 coches, de los cuales sólo se presentaron 37, a saber: 3 Aldas, 3 Opel, 2 Nagant, 3 Vauxhall, 3 Peugeot, 2 Schneider, 3 Nazzaro, 3 Delage, 3 Sunbeam, 2 Piccard-Pictet, 3 Fiat y 5 Mercedes.

No disponiendo de espacio para describir las peripecias de la carrera, diremos únicamente que se retiraron después de la primera vuelta dos coches; después de la segunda, uno; después de la tercera, tres; después de la cuarta, uno; después de la séptima, dos; después de la octava, seis; después de la novena, dos; después de la duodécima, tres; después de la décimosexta, uno; después de la décimoctava, cuatro; y después de la décimonovena, uno, quedando para la última vuelta solamente once.

En las cinco primeras vueltas llevó ventaja el Mercedes dirigido por Sailer; desde la sexta hasta la décimoséptima la ventaja fué para un Peugeot dirigido por Boillot; y en las tres últimas se adelantó a todos sus competidores un Mercedes dirigido por Lautenschlager.

La clasificación definitiva ha sido la siguiente: 1.º Lautenschlager, en un Mercedes, 7 horas, 8 minutos, 18 segundos; 2.º Wágner, en un Mercedes, 7 horas, 9 minutos, 54 segundos; 3.º Sálzer, en un Mercedes, 7 horas, 13 minutos, 15 segundos; 4.º Goux, en un Peugeot, 7 horas, 17 minutos, 47 segundos; 5.º Resta, en un Sunbeam, 7 horas, 29 minutos, 17 segundos; 6.º Esser, en un Nagant, 7 horas, 40 minutos, 28 segundos; 7.º Rigal, en un Peugeot, 7 horas, 44 minutos, 28 segundos; 8.º Duray, en un Delage, 7 horas, 51 minutos, 32 segundos; 9.º Champoiseau, en un Schneider, 8 horas, 6 minutos, 51 segundos; 10.º Joerns, en un Opel, 8 horas, 17 minutos, 9 segundos; y 11.º Fagnano, en un Fiat, 8 horas, 26 minutos, 11 segundos.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

LA CIENCIA DE LOS NEGOCIOS. PENSAMIENTOS DE UN NEGOCIANTE, por *Waldo Pondray Warren*. Segunda edición. - Cuando se publicó la primera edición de este libro le dedicamos el elogio que en nuestro concepto merecía y le hecho de haberse agotado aquélla en tan poco tiempo constituye la mejor demostración de la excepcional valía de la obra de Warren que, estimulando el espíritu comercial, abre a cuantos la leen nuevos horizontes que les permiten adelantar en su camino hacia el bienestar y la riqueza. Un tomo de 462 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 5 pesetas encuadernado en tela.

EL POEMA DE LA ANTIGUA, por *José Rodríguez Cerna*. - Colección de artículos hondamente sentidos y escritos en bello estilo, en los cuales el autor evoca los recuerdos de la que fué un día capital del reino en tiempo de la dominación española en Guatemala y de cuya pasada grandeza y esplendor son testimonios los restos de sus magníficos templos, conventos y palacios. Un tomo de 76 páginas con algunos grabados, impreso en Guatemala en la imprenta de Sánchez y de Guise.

LA AGRICULTURA EN EL ALCANCE DE TODOS, obra escrita bajo la dirección del *Prof. Daniel Zolla* por *A. Jennepin y Ad. Herlem*. - Este libro es un álbum agrícola que, en lenguaje sencillo y mediante multitud de grabados, enseña en forma elegante y amena las nociones fundamentales de la Agricultura, siendo una obra pedagógica y técnica al mismo tiempo, en la que el lector encuentra con la oportunidad de los métodos de exposición y la claridad del texto, el rigor científico indispensable en obras de esta clase. Para la divulgación de los conocimientos agrícolas entre aquellas personas a quienes directa o indirectamente puedan interesar las operaciones del cultivo, de la ganadería o de las industrias que de ella se derivan, este tratado ha de reportar una utilidad positiva. Por su magnífica presentación constituye, además, un bonito regalo para los jóvenes de ambos sexos. Un álbum de 116 páginas, de ellas 49 láminas con excelentes grabados al boj, editado en Barcelona por Gustavo Gili y encuadernado en artístico cartón policromado; precio, 4 pesetas.

El largo de una cabellera se mide por el número de frascos de **PETRÓLEO GAL** empleado en su conservación.

Ehrmann.

## ACTUALIDADES BARCELONESAS

## FIESTA DE LOS EXPLORADORES. - INAUGURACIÓN DEL REAL CLUB MARÍTIMO

En el campo de polo del Real Polo Jockey Club celebró el domingo, día 5 del actual, una fiesta en extremo simpática: la entrega a la tropa de exploradores (*boy-scouts*) barceloneses de la bandera que le ha regalado el Comité de señoritas protectoras. Asistió al acto numerosa y distinguida concurrencia, en la que predominaban elegantes y bellas damas y señoritas de nuestra mejor sociedad.

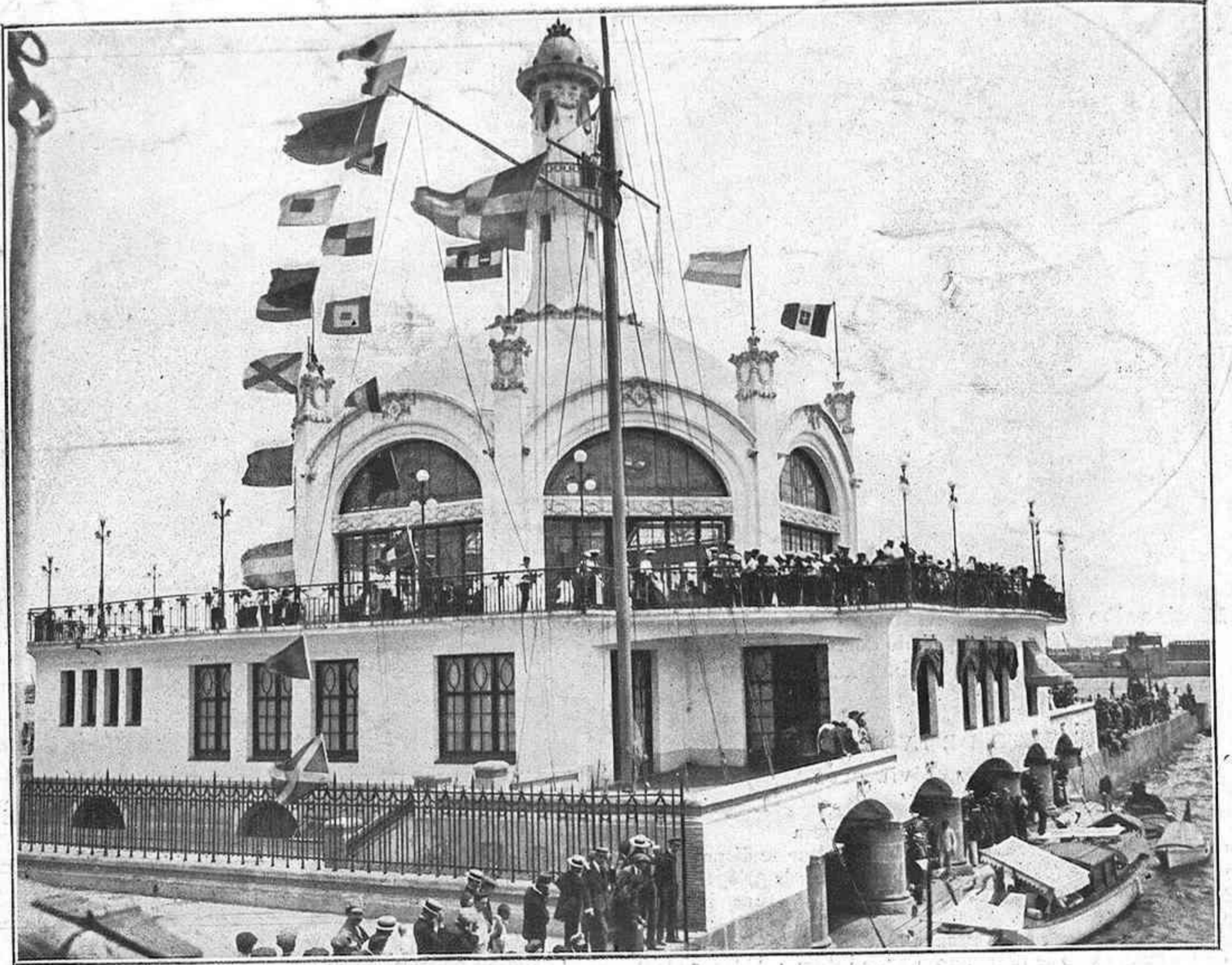
La tribuna oficial estaba ocupada por el capitán general de la región Sr. Villar y Villate, el gobernador civil Sr. Andrade, el comandante de Marina Sr. Montis, el segundo comandante de Marina Sr. Ibarra, los Sres. Foronda, presidente, y marqueses de Alfarrás, de Alella y de Castellflorida, Olano, Raja y Fabrè, individuos del comité de los exploradores barceloneses; Dr. Palá, médico de éstos; Dr. Muñoz, secretario de Cámara, y otras distinguidas personalidades.

Comenzó la fiesta con algunos ejercicios y prácticas de campamento, ejecutados bajo la dirección del jefe Sr. Blasco. Procedió primeramente al tendido de una línea telefónica compuesta de una central y cuatro estaciones; luego se efectuó la comunicación por banderas, las cuales, por indicación del capitán general, transmitieron un telegrama del mismo saludando a todos los exploradores; y siguió la demostración de las marchas y formaciones del explorador, dividiéndose los exploradores en patrullas, dispersándose, dándose señales de alerta, reuniéndose nuevamente y realizando rastreos y otros ejercicios que les valieron muchos aplausos.

Después varios exploradores de diferentes edades dieron algunas explicaciones sobre el Código de los *boy-scouts*, contestando con gran precisión y aplomo a las preguntas que les dirigió el capitán general.

A continuación efectuáronse varios juegos del explorador, tales como el del kim, especie de gallina ciega que sirve para orientar el oído; la caza del conejo, el círculo envenenado, la riña de gallos y otras no menos interesantes, siendo aplaudidos.

Tras un pequeño descanso, replegóse el campamento y entonces el Dr. Muñoz bendijo solemnemente la bandera, que sostenía la señorita Doña Pilar Desvall, y que, después de bendecida, fué entregada al explorador Sr. Barranco entre los hurras de los *boy-scouts* y los aplausos de los concurrentes.



El nuevo edificio del Real Club Marítimo, que ha sido inaugurado recientemente con gran solemnidad. (De fotografía de nuestro reportero Merletti.)



Barcelona. - Entrega de la bandera que a la tropa de exploradores (*boy-scouts*) barceloneses ha regalado el Comité de señoritas protectoras

Seguidamente el Sr. Blasco dirigió a los exploradores elocuentes y patrióticas frases enalteciendo el acto que se estaba realizando y luego el Sr. Foronda les tomó la promesa de fidelidad a la bandera. Después los *boy-scouts*, acompañados por la banda del regimiento de Vergara,

entoraron el himno de los exploradores. Terminó la hermosa fiesta con el desfile general de los exploradores, que efectuaron éstos admirablemente.

El mismo día 5, por la mañana, efectuóse la inauguración del monumental edificio del Real Club Marítimo de Barcelona, acto al cual asistieron el capitán general, el señor Muntanyola en representación del alcalde, el segundo comandante de Marina, el presidente de la Audiencia y otras personalidades.

Reunidos en el salón de fiestas las autoridades, la junta y los socios del Club y los invitados, el Rdo. Dr. D. Eufemio Rodríguez procedió a la bendición del edificio, comenzando por el salón y continuando por la sala de billar, sala de juntas, biblioteca, sala de conversaciones, embarcadero y depósito de embarcaciones.

Después fué lanzado al agua el yel *Parsifal* y seguidamente se efectuaron varias regatas a remo, a vela y a motor.

Por la noche se celebró el banquete con que la sociedad obsequió a las autoridades con motivo de la inauguración del edificio. Terminado el banquete, fué presentada al Sr. Morató, presidente del Club, una preciosa placa de plata oxidada, confeccionada en los talleres del Sr. Arnau y costeada por los socios del Club como recuerdo de la inauguración del edificio. Puso fin a los festejos un espléndido baile de etiqueta al que asistieron las familias más distinguidas de nuestra mejor sociedad.

ZÜRICH

GRAN HOTEL VICTORIA  
Bahnhofplatz  
Casa de primer orden para familias. - Restaurant.  
Prop. A. Kummer-Wenger.

## CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN

## ENFERMEDADES

URINARIAS, DIABETES, ALBUMINURIA, RINONES,  
VEJIGA, MATRIZ, OVARIOS, MALES SECRETOS,  
IMPOTENCIA, TOS, BRONQUITIS, HEMORROIDES.

Si padecéis una de esas enfermedades, pedid inmediatamente, indicando vuestra enfermedad, al Dr. Damman, rue Trône, 76, Bruselas, (Bélgica), o a la farmacia de J. Segalá, Rambla de las Flores, 4, Barcelona, uno de los folletos número 29, y tendréis el medio de curaros en seguida completamente mediante nuevos extractos de plantas aunque vuestra enfermedad sea antigua y calificada de incurable.

## PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el FILIVORE. DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

PÍDASE PROSPECTO J.A.

**LEITZ**

GEMELOS PRISMÁTICOS  
PARA  
EJÉRCITO Y MARINA  
VIAJE Y SPORT  
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS  
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR  
E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN